



TESIS O PROYECTO DE CREACIÓN

APROBADO COMO REQUISITO PARCIAL DEL
PROGRAMA DE ESTUDIOS DE HONOR

COMITÉ DE TESIS O
PROYECTO DE CREACIÓN

NOMBRE

Mentor

Catherine Marsh Kennerley, Ph.D.

Director de Estudios

Freddy Acevedo Molina, Ph.D.

Lector

Vanessa Vilches Norat, Ph.D.

Lector

Alexandra Pagán Vélez, Ph.D.

Lector

Visto Bueno

Elaine Alfonso Cabiya, Ed.D.
Director PREH o su Representante

7 de mayo de 2021

Fecha

Universidad de Puerto Rico
Recinto de Río Piedras
Programa de Estudios de Honor
PREH 4980: Tesina de Honor

Contra mi propio silenciamiento: narrativa personal académica sobre experiencia universitaria en
Puerto Rico



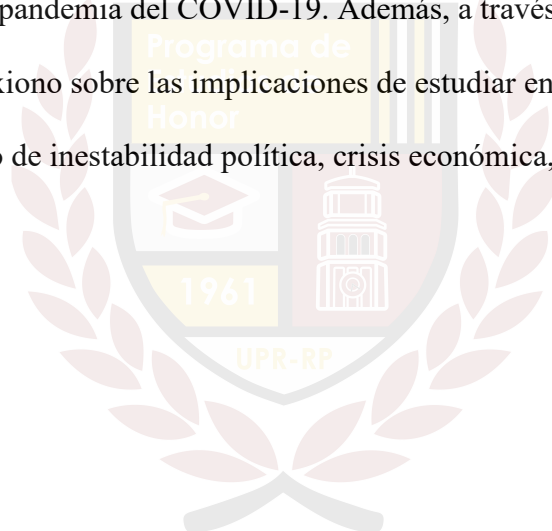
Paula E. Roque Rivera
7 de mayo de 2021

Comité:

Mentora: Catherine Marsh Kennerley, PhD
Lectora: Alexandra Pagán Vélez, PhD
Lectora: Vanessa Vilches Norat, PhD
Director de estudios: Freddy Acevedo, PhD

Resumen

En este proyecto presento una narrativa personal académica sobre mis experiencias como estudiante universitaria en Puerto Rico durante los años de 2017 a 2021. La narrativa se divide en siete textos que exploran temas de historia familiar, provincialismo, vida académica, escritura, salud mental, formación política y feminismo. Para esta escritura, utilizo un marco teórico feminista que incluye escritoras como Audre Lorde, Gloria Anzaldúa, Sara Ahmed, Mayra Santos Febres, Vanessa Vilches Norat y Beatriz Llenín Figueroa. Partiendo de mi subjetividad y mis experiencias, converso con estas académicas acerca de la escritura misma, con especial atención al contexto de la pandemia del COVID-19. Además, a través del formato de la narrativa personal académica, reflexiono sobre las implicaciones de estudiar en la Universidad de Puerto Rico durante un cuatrienio de inestabilidad política, crisis económica, emergencias y desastres naturales.



Índice

Dedicatoria.....	4
Agradecimientos.....	5
Introducción.....	6
Mi narrativa personal académica.....	7
Metodología.....	10
Justificación.....	11
Revisión de literatura y marco teórico.....	13
Pensar acompañada.....	13
Narrativa personal académica.....	25-78
¿Quién va a querer leer esto?.....	25
Mami, llegué a la IUPI.....	32
De Twitter al pleno.....	40
Profe, estoy deprimida.....	50
Entre Naranjito y Río Piedras.....	59
La angustia de graduarme.....	67
Fragmentos para concluir.....	74
Obras Citadas.....	79
Bibliografías.....	81

Dedicatoria

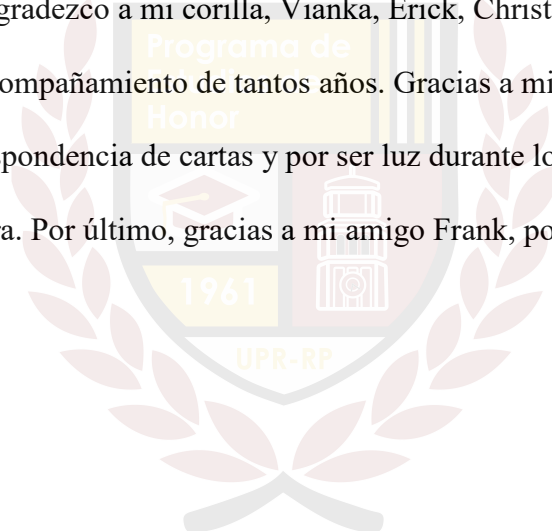
A mami, por ser mi espejo y mi soporte.



Agradecimientos

Primeramente, quiero agradecer a mi mentora, la doctora Catherine Marsh Kennerley, por guiarme en este trayecto, por confiar en mi potencial y por ser siempre #TeamPaula. También, le agradezco a mi comité, en especial a las profesoras Vanessa Vilches Norat y Alexandra Pagán Vélez, por todo lo que me han enseñado y por ser cómplices de este proyecto.

Dedico especial agradecimiento a mi madre, por apoyarme en todo, y a mi hermano Raúl, por escuchar mis desahogos, por distraerme con risas y juegos, y por acompañarme durante el encierro. Gracias también a Dalissa, por ser la mejor housemate y compañera universitaria en Río Piedras. También le agradezco a mi corilla, Vianka, Erick, Christopher, César y Edgar, por los chistes internos y el acompañamiento de tantos años. Gracias a mi amiga Cindy, por estar siempre PPP, por la correspondencia de cartas y por ser luz durante los momentos más oscuros de este proceso de escritura. Por último, gracias a mi amigo Frank, por su cariño incondicional, a pesar de la distancia.



Introducción

A un año y medio de graduarme, mi vida universitaria dio un giro imprevisto cuando la pandemia del coronavirus llegó a la isla. Pasé de la vida estudiantil como huésped en Río Piedras a una rutina de clases virtuales en mi pueblo de procedencia, Naranjito. Volver al campo fue la culminación de un constante ir y venir que intensificaba mi sensación de desplazamiento. Me sentía desubicada desde cualquier trinchera. Aislada del ambiente universitario, noté como mis posibilidades de actuar, pensar y compartir eran muy diferentes desde estas montañas. Aquí me hallo en compañía de familiares y allegados con quienes no puedo mantener las mismas conversaciones que tendría en Río Piedras. Con el cambio inesperado de rutina, vino un cambio de prioridades, preocupaciones e inspiración.

Mientras me adaptaba al nuevo panorama, las responsabilidades del Programa de Estudios de Honor me tocaban a la puerta y me exigían un trabajo académico de investigación que ya había comenzado a trazar con mi mentora, la doctora Catherine Marsh Kennerley. Originalmente, me proponía realizar un estudio académico sobre la escritura de la puertorriqueña Beatriz Llenín Figueroa, a la luz de teorías feministas y decoloniales. No obstante, ya había explorado este tema bajo los parámetros del trabajo académico tradicional para mi curso de Teorías y Metodologías de Investigación en Estudios Hispánicos, y la posibilidad de hacer otro trabajo puramente académico no me resultaba muy atractiva. En esta ocasión y desde la nueva normalidad forzada, necesitaba acercarme a esta escritura desde un lugar que honrara mi propia voz, mis experiencias y mis necesidades como estudiante de literatura que no ha tenido muchas oportunidades de aventurar en la escritura creativa. Tenía que reconfigurarlo todo.

Luego de conversar con mi mentora, opté por el camino misterioso del proyecto creativo. A pesar de que esa opción siempre ha existido dentro del Programa de Estudios de Honor, no

siempre me pareció una alternativa real. En las orientaciones se mencionaba que era una posibilidad, pero los cursos y manuales siempre estaban dirigidos hacia la investigación académica. Por ende, no lograba vislumbrar cómo, dentro de mi disciplina e intereses, podría desarrollar un proyecto creativo que cumpliera con los requisitos del Programa de Estudios de Honor. Además, luego de tres años de redactar ensayos puramente académicos, la posibilidad de realizar un trabajo creativo en el cual pudiera revelar mi voz y mis experiencias se veía bastante lejana; no me sentía preparada para hacerlo.

Afortunadamente, al dialogar con mi mentora sobre las lecturas que ya habíamos seleccionado, identifiqué un nuevo interés. Quería utilizar las herramientas que mis escritoras de referencia me habían brindado para embarcar mi propia narrativa dentro de este panorama de encierro. Me propuse entonces escribir un total de ocho textos que dialoguen con el corpus previamente seleccionado y que aborden mi realidad actual desde mis experiencias como estudiante universitaria en un cuatrienio marcado por el paso de dos huracanes, un trimestre, aumentos de matrícula, crisis política y económica, temblores y una pandemia. Mediante un recuento reflexivo de mis procesos y evoluciones en los pasados años, busco aportar, desde la narrativa personal académica, los pensamientos y cuestionamientos que han enmarcado mi desarrollo como estudiante universitaria y como joven feminista.

Mi narrativa personal académica

Catherine Marsh Kennerley define la narrativa personal académica a partir del libro *Liberating Scholarly Writing: The Power of Personal Narrative*, Robert Nash, –y desde una perspectiva feminista–, como “un trabajo que reconoce la experiencia de la alumna como fuente de conocimiento, afirma el yo que escribe y la necesidad de escuchar la voz propia”. Además, explica que es una manera de “estrechar el espacio entre la teoría y la praxis”. Paralelamente,

Robert Nash plantea que: “Scholarly personal narrative writing is the unabashed, up-front admission that your “own life signifies,” (...) That is to say that your own life has meaning, both for you and for others” (23-23). Partiendo de estas definiciones, asumo el modelo de la narrativa personal académica como formato de escritura que me permite partir del “yo”, tan rezagado en el ámbito académico. Además, es una escritura que me incita a entablar conversaciones con las escritoras y teóricas que han dirigido mi pensamiento político y feminista.¹

La encomienda de esta narrativa parte de situarme desde la provincia, la universidad, la precariedad, la inaccesibilidad y la cultura patriarcal que permea en muchos de los espacios que habito. De manera más específica, mis escritos examinan asuntos personales como la salud mental, la historia familiar, el provincialismo, el feminismo y la vida académica. Igualmente, las reflexiones no escapan del contexto de pandemia que atravesamos actualmente. A pesar de que la narrativa estará dividida en ocho textos con temas y títulos particulares, estas cuestiones son, en mayor o menor medida, hilos conductores de toda mi escritura.

Como punto de partida, he identificado unos posibles títulos y ejes temáticos para cada sección de la narrativa. En el primer texto, titulado “¿Quién va a querer leer esto?” me propongo examinar mi proceso de escritura pensando en las dificultades que conlleva atreverse a escribir como universitaria en Puerto Rico. En el segundo texto, “Mami, llegué a la IUPI”, profundizo lo que significa para mí arribar a la universidad en el marco de la historia de las mujeres de mi familia. “De Naranjito a Río Piedras y de Río Piedras a Naranjito” es el tercer texto, en el cual reflexiono acerca de la sensación de desplazamiento que surge de la constante mudanza de un

¹ No es la primera vez que trabajo con la narrativa personal académica. En el 2019, redacté un trabajo según este modelo para el curso “Escritoras puertorriqueñas contemporáneas” del Programa de Mujer y Género, con la profesora Catherine Marsh Kennerley. En esa narrativa reflexioné sobre mi devenir feminista a la luz de las lecturas asignadas y de otros materiales feministas que me han acompañado durante mi vida. Además, redacté un ensayo personal que puede considerarse una narrativa personal académica para el curso “Raza y literatura en el Caribe”. En este trabajo, escribí sobre mi acercamiento personal a la raza en diálogo con los textos teóricos y literarios discutidos en clase.

lugar a otro. En el cuarto texto, “Profe, estoy deprimida”, rememoro los periodos en los que las situaciones a mi alrededor me llevaron a una crisis de salud mental que intervino con mi proceso educativo.

En el quinto texto, “El derecho a la queja”, aspiro esbozar una reflexión sobre cómo negocio mis quejas y denuncias mientras intento ser consciente de mis privilegios. “Autocensura en Twitter” es el título preliminar de la sexta entrada, en la cual busco analizar mi proceso de deconstrucción a la luz de la influencia de las redes sociales. El penúltimo texto, “Universidad y pandemia”, es mi acercamiento crítico a la nueva y extraña modalidad educativa en línea. Por último, concluyo la narrativa con “La angustia de graduarme”, una reflexión acerca de la precariedad económica y cultural que nos espera a las estudiantes de humanidades.

Para la elaboración de esta narrativa personal académica parto principalmente de lo que considero el legado de mujeres cronistas contemporáneas. Con ello me refiero a la escritura de Beatriz Llenín Figueroa, Anayra Santory y Adriadna Godreau, cuya obra aparece recogida y publicada bajo la serie *Crónica Otra*, de Editora Educación Emergente. Estos textos sirven de inspiración literaria y teoría para la formulación de mis reflexiones. Al mismo tiempo, utilizo el texto *Living a Feminist Life* de Sara Ahmed y “Speaking in Tongues: A Letter to 3rd World Women Writers” de Gloria Anzaldúa como manifiestos feministas que me acompañan en mi proceso. Por último, me refiero particularmente a la obra literaria de un grupo escritoras puertorriqueñas contemporáneas, así como a sus reflexiones sobre el ejercicio de la escritura: Vanessa Vilches Norat, Mayra Santos Febres y Yolanda Arroyo Pizarro.

Como parte del modelo de escritura de la narrativa personal académica, desarrollaré un proyecto creativo que dialoga con la aportación de esas escritoras. Además, incluyo en mi archivo otros materiales propios de la cultura popular, —como artistas, canciones, películas y

conversaciones en redes sociales—, que han influenciado mi desarrollo feminista. Además de la selección mencionada, abro la posibilidad de sumar otros textos y piezas que vaya encontrando en el transcurso, mientras sigo leyendo la producción que va surgiendo durante este periodo. Igualmente, embarco esta trayectoria consciente de que puede haber cambios en la cantidad y los títulos de la lista preliminar de textos. Por ende, vislumbro esta propuesta como el inicio de una transformación constante.

Metodología

Como parte de la metodología para este proyecto, sigo las recomendaciones esbozadas en el libro *Liberating Scholarly Writing: The Power of Personal Narrative* de Robert J. Nash. En este texto, el autor presenta diez guías tentativas para la elaboración de una narrativa personal académica. De ellas destaco: establecer constructos claros, ganchos y preguntas, moverse continuamente de lo particular a lo general, intentar esbozar implicaciones más amplias desde las historias personales y utilizar el conocimiento formal como parte de la escritura. Como parte de la primera guía, me propongo formular preguntas que detonen mi escritura y reflexiones. Estas preguntas son generales y específicas, pero se dirigen a la examinación de mis experiencias dentro de la universidad y mi devenir feminista como estudiante universitaria en Puerto Rico.

La tesis “Writing About Writing” de Hillary Watson me brindó unas preguntas iniciales para avivar mi escritura. La académica plantea:

Do I have anything I can say that someone will respond with an ah-ha to? Does my experience, at any given moment, resonate with anyone else’s or am I way out in left field? Is there such a thing as universalizability since no two people have exactly the same experience? (25).

Estas interrogantes me llevaron a formularme otras preguntas más específicas, con el propósito de evocar mis memorias y de ahí poder reflexionar acerca de mi vida como estudiante universitaria. Estas incluyen: ¿Qué me llevó a estudiar en la universidad? ¿Por qué escogí estudiar literatura? ¿Qué importancia tienen los estudios universitarios en mi familia? ¿Cómo ha sido mi experiencia como estudiante de literatura y de estudios de género? ¿Qué retos he enfrentado en mi trayectoria estudiantil? ¿Cuáles han sido los mayores obstáculos? ¿Cuáles han sido las implicaciones del cambio educativo a raíz de la pandemia? A un año de graduarme de bachillerato, ¿cuál es mi perspectiva acerca de la universidad y de mi futuro?

A estos cuestionamientos se suman otras inquietudes que están relacionadas al conocimiento que he ido desarrollando durante estos años. ¿Cuáles han sido los textos y las clases que más me han marcado? ¿Cómo ha sido mi proceso como feminista dentro de la universidad? ¿Cuáles son los problemas institucionales que pasan desapercibidos? ¿Cuál es la universidad que aspiro a tener? ¿Cuál es mi perspectiva acerca del papel de la Universidad en mi vida y en el devenir de la sociedad puertorriqueña?

La lista de preguntas podría fácilmente continuar. Al igual que con los textos de referencia, las interrogantes están sujetas a cambios y evoluciones. No obstante, la premisa principal es que emprendo un proyecto que parte de indagaciones personales, cuyas posibles respuestas se nutren de lo que he leído y lo que han dicho otras personas. Igualmente, las interrogantes figuran como herramienta vital, no solo para el desarrollo de una narrativa personal académica, sino para la construcción de una vida feminista.

Justificación

En el texto “De la brevedad de la escritura”, Vanessa Vilches establece que “Escribir parece una obstinación, por lo menos en Puerto Rico donde las redes de publicación, edición y

distribución de textos son tan precarias” (26). Partiendo de este diagnóstico, me pregunto, cuando hablamos de un proyecto creativo, ¿es posible esbozar una justificación? En un país en donde la escritura creativa es una obstinación, ¿existe otra justificación para proponer un proyecto creativo que no provenga de esa misma insistencia de escribir a pesar de y en contra a todo?

A pesar de estos cuestionamientos, considero que, en el marco del mundo académico, es posible justificar esta propuesta. En primer lugar, la revisión de literatura que da paso a este proyecto representa la inserción de textos feministas que parten de lo personal como posibilidades teóricas en la producción académica. La referencia al corpus de escritoras puertorriqueñas busca visibilizar una producción de escritura que ha permanecido en los márgenes del mundo académico y de los medios de comunicación en Puerto Rico. Mi arraigamiento a la producción de Editora Educación Emergente aspira a rescatar e insertar estas voces contemporáneas dentro del ámbito académico desde una perspectiva estudiantil. Por otro lado, este proyecto afirma la apuesta de leer a las mujeres feministas y valerme de sus aportaciones como materia prima para las exploraciones propias.

En segundo lugar, con el formato de la narrativa personal académica, busco aportar una visión personalizada de mi experiencia universitaria. La aspiración con estas reflexiones es que resuenen con las experiencias de otras estudiantes. Igualmente, intento trazar hilos que conecten mis vivencias con el funcionamiento de las estructuras en las que existo, con la intención de proveer una mirada crítica a la forma en que operan estas instituciones. Además, la narrativa personal académica representa la afirmación de la importancia de la voz propia en la escritura académica y abre la posibilidad a nuevas conceptualizaciones de producción creativa dentro del

mundo intelectual. Con esta propuesta, aspiro ocupar un espacio dentro de la escasa producción creativa en los cursos universitarios.

Revisión de literatura y marco teórico

La elaboración de textos que se plantean en esta propuesta no surge en un vacío. Su confabulación es resultado de un proceso de lectura y estudio que perfiló mi estilo narrativo, mis intereses temáticos y las premisas teóricas, políticas y feministas que rigen la creación de esta narrativa personal académica. Por tanto, mi revisión de literatura es el relato de mi encuentro con las escritoras que inspiraron y motivaron mi inmersión en el ámbito creativo. Precisamente, esas escritoras que propulsaron mi intriga y deseo por escribir también son las productoras del marco teórico del cual parto, que se resume como la afirmación de la subjetividad feminista dentro de la escritura creativa y la inserción del “yo” y de mis experiencias particulares dentro de la escritura académica.

No obstante, rescato la aclaración detallada en la tesis *Writing About Writing* de Hillary Watson, de que asumo un proyecto que está sujeto al cambio. Como afirma la académica: “Creating an SPN manuscript is living both as mapmaker and map traveler. Inevitably, one must accept in SPN writing that they, just like the writing, are a work in progress. Material is subject to change” (36). Por ende, hago un recuento que destaca las aportaciones que más han impulsado mi interés en este proyecto, sin descartar la posibilidad de que se sumen o resten textos y escritoras a lo largo de la redacción de mi narrativa personal académica.

Pensar acompañada

Cuando pienso en la escritura para este proyecto creativo, recuerdo las escritoras que me han inspirado y acompañado durante la formulación de esta encomienda. Todas comparten ciertas características y principios, comenzando por la profunda y evidente convicción política:

son feministas sin tapujos, o como diría Sara Ahmed, feministas aguafiestas. Estos textos fueron abriendo espacios en mi imaginario de lo que era la “literatura”. Desde esas escrituras comencé a cuestionar el canon y las valoraciones que se ejercen sobre lo que se escribe en Puerto Rico.

Este acompañamiento creativo ha sido un proceso de aprendizaje que no siempre ha sido gratificante; en ocasiones son textos que detonan sentimientos dolorosos al recordar y desempolvar traumas y tristezas escondidas. Como afirma Sara Ahmed en *Living a Feminist Life*, “Feminist work is often memory work. We work to remember what sometimes we wish would or could just recede” (22). Precisamente, abrazo la propuesta feminista de estas autoras como guía en mi proceso de escritura, pues ellas me invitaron a mirarme de frente, a enfrentar lo hermoso y lo difícil, y a perderle el miedo a la afirmación propia. Desde sus lecturas reafirmo: la literatura es personal, y lo personal es político.

La escritura de Beatriz Llenín Figueroa fue la que me trajo hasta aquí. Me encontré con *Puerto Islas: crónicas, crisis, amor* (2018) cuando tuve que escoger una obra literaria para analizarla en un curso de literatura. En esa lista de posibles escritores estaba el nombre de Beatriz Llenín Figueroa, y luego de leer algunas de sus piezas en *80 grados*, decidí seleccionar *Puerto Islas*, sin imaginarme que el libro me acompañaría por tanto tiempo.² La primera vez que lo leí recuerdo haber pensado que era refrescante poder leer desde la brevedad, pues me quitaba la ansiedad que siento cada vez que me enfrento a un texto de larga extensión. Lo leí con mis lentes de estudiante de literatura, porque en aquel momento debía escribir un trabajo sobre el libro. Durante las primeras lecturas recuerdo haberme dado cuenta de que su escritura partía de

² Cabe destacar que *Puerto Islas* se compone de una recopilación de textos que fueron originalmente pensados para el formato digital. Publicados como columnas, ensayos y crónicas, estos textos aparecieron primero en el ámbito virtual en plataformas como *80 grados*, *Claridad* y *Ahora la turba*, y posteriormente fueron recogidos en el libro *Puerto Islas*.

un sentido de urgencia e inmediatez producto un complejo contexto. No obstante, albergaba el compromiso de consignar un sentir colectivo de apuesta a futuro.

No siempre fui fan de su escritura. En ocasiones notaba que no suponían un descanso, como suele pasar con otras piezas literarias. Estos textos poseían belleza, pero los sombríos escenarios que describían eran demasiado cercanos y reales como para permitir una lectura fácil o desasociada. Te obligaban a sumergirte, a pensar y reflexionar acerca de las cotidianidades que habitamos. A veces me agotaba leerla. En otras ocasiones me reavivaba la rabia, me conmovía y me inspiraba. Fue un proceso, no solo de lectura, sino personal, pues la leía en un momento en el que andaba aprendiendo nuevos conceptos y abriendo mis ojos a un mundo de lecturas que fue mi ingreso a clases del Programa de Mujer y Género.

En el segundo semestre de mi tercer año, sin apenas imaginar que concluiría mis cursos de manera virtual en mi pueblo original, escogí una selección de textos de *Puerto Islas* para realizar mi tesina de Estudios Hispánicos. Me afiqué a su escritura aun cuando sabía que sería un reto estudiarla desde el lente de la academia, especialmente por ser tan recientes y tan abiertamente políticos. Precisamente, esas eran las razones que me ataban a sus textos; yo ansiaba leer de lo que estaba pasando y necesitaba poder referirme a la crisis, a las situaciones recientes que nos trajeron hasta donde estamos.

Los textos de *Puerto Islas* me abrieron una nueva posibilidad de abordar la literatura y la escritura. Me mostraron otras maneras de hacer literatura; se puede escribir desde el yo y seguir siendo literaria, se puede escribir de lo pequeño, de lo cotidiano, de lo personal, en ocasiones de la nada, de lo que no ocurre o de un simple escenario, y sigue siendo literatura. Creo que una de las afirmaciones más importantes que me enseñó, –y que aún llevo conmigo–, es que se puede

escribir literatura abiertamente desde lo político, que se puede consignar y plasmar sin disimulo una postura que algunos llamarán radical y seguir siendo escritora que produce literatura.

Confieso que en ocasiones se me hacía difícil identificarme con ciertos de los textos. Ahora considero que leer a Beatriz Llenín Figueroa requiere un nivel de inteligencia emocional, de saberse vulnerable y de atreverse a serlo en compañía. No siempre tuve esa apertura, pero poco a poco sentí cómo comenzaba a encontrarle mayor valor a su escritura. Me vi reflejada en su sensibilidad y empatía, en la forma en la que se puede doler por el mundo, por otras y hasta por la naturaleza. Leerla validó las tristezas y los momentos en los que me sentí abrumada por todo lo que acontece en mi pequeño mundo. Me hizo sentir que mis preocupaciones, mis rabias y esperanzas que apenas comenzaba a esbozar no estaban solitarias, que podíamos pensar y sentir en conjunto.

Identifico mucha valentía y coraje en sus documentaciones. No es fácil mantener la postura de defensa, ser siempre la feminista aguafiestas, como diría Sara Ahmed. A veces yo misma rechazo esa postura, y opto por la salida fácil, por las distracciones, y me permito olvidar. Beatriz me convida a no permitirme el olvido y la indiferencia, a no escoger la inmovilidad del silencio y el conformismo. Su apuesta se me presenta como un reto; ¿qué tan dispuesta estoy a asumir el compromiso de vivir una vida feminista? ¿De no olvidar las historias que no han sido resueltas, ni sucumbir a la comodidad de mis privilegios? Hay mucha ilusión y visión en la escritura de Beatriz. Es la apuesta por imaginar, pensar y construir desde la creatividad y la proyección a futuro. En otras palabras, se trata de la exhortación a configurarnos desde la afirmación de que la utopía es, no solo posible, sino necesaria. Para mí, es una invitación que debo aceptar cada día. No siempre lo hago. Pero de eso se trata ese compromiso, de procurar elegirlo todos los días.

Del texto “Piel que piensa” me llevo la insistencia de escribir y pensar desde la piel, de “Agua prohibida” aprendí a asumir el llanto como una afrenta feminista y de “Islitas como cualquiera”, saberme archipiélago y no isla. Cada vez que me asusta presentarme vulnerable, recuerdo su invitación a sentir la rabia, la tristeza y la indignación, a demostrarnos humanas ante lo que nos apena y resistentes ante el poder.

Los textos recogidos en *Puerto Islas* fueron mi introducción a una producción literaria configurada mediante la aglomeración de textos dispersos que comparten el mismo origen: la escritura que nace de la urgencia de documentar y reflexionar el momento que se vive. De ahí llegué a leer a Anayra O. Santory Jorge con su libro *Nada es igual: bocetos del país que nos acontece* (2018). Junto a los textos de *Las Propias: apuntes para una pedagogía de las endeudadas* (2018) de Ariadna Godreau Aubert, comencé a vislumbrar una producción de textos feministas que aún me inspira y asombra³.

En un inicio, asocié este tipo de escritura con la precariedad, o como plantea Anayra Santory, con la pobreza de tiempo que afecta a las mujeres de la clase trabajadora del país. (*Nada es Igual*, 113) Imaginaba la dificultad que suponía proponerse a escribir ficción en un momento en el que las noticias diarias acaparan la mente y en donde no hay tiempo de procesar bien el día a día, mucho menos inventar escenarios alternos. Me parecía evidente que, ante la falta de tiempo y la acumulación de responsabilidades profesionales, personales y familiares, estas

³ Estos tres libros fueron publicados justo después del paso del huracán María por Puerto Rico bajo el sello de Editora Educación Emergente, proyecto editorial fundado por Beatriz Llenín Figueroa y Lissette Rolón. En un periodo en el que la crisis post-huracanada nos dejaba sin muchas esperanzas a futuro, esta editorial lanzó la serie *Crónica Otra*, la cual definen como “un espacio inequívoco para las voces excluidas del canon patriarcal-heteronormativo-colonial y continente céntrico, entre otras imposiciones” (EEE). Ante la ausencia de voces femeninas en los análisis de los medios de comunicación dominantes, estos tres libros llegaron a reclamar y ocupar un espacio en la esfera del análisis sociopolítico desde una óptica feminista y revolucionaria. Tal como consignan en la presentación de la serie, es una escritura que “Resiste. Propone. Protesta.”

escritoras optaran por un modelo creativo que partiera desde su contexto, su aquí-y-ahora, y que sirvieran como forma de procesar y asimilar los embates que conlleva vivir en esta colonia.

Ahora, me doy cuenta de que albergaba una concepción bastante errónea de que para escribir literatura y ficción hay que disponer de todo el tiempo y el espacio del mundo, y que, en cambio, escribir crónicas o ensayos de la inmediatez es una tarea que se puede llevar a cabo mientras se espera en una oficina o sentada en el vagón del tren. Tal vez sí puede hacerse desde esas pequeñas ventanas de tiempo, y tal vez sí sean una alternativa literaria ante la absurda velocidad en la que vivimos. Pero lo peor de mi asunción era que suponía que la ficción era superior a otras formas de escritura, y que el optar por otros estilos de escritura significaba la incapacidad creativa o material de sumergirse al mundo de la ficción. Con el paso del tiempo y el estudio de otras escritoras, me percaté de que escribir ficción en Puerto Rico es igual de riesgoso y cuesta arriba que escribir no ficción. Comprendí que debía cuestionarme por qué asignaba mayor valor a la ficción y en el proceso concebí el carácter feminista y hasta revolucionario que yace en la escritura de no ficción. A partir de ahí, me sentí mucho más cómoda y cercana a este tipo de escritura breve, urgente, fragmentada, y no por ello menos conmovedora, provocadora y audaz.

Aunque todas las escritoras que me acompañan son feministas, diría que Sara Ahmed es una de las principales voces que esculpió el tipo del feminismo que aspiro a vivir. Su libro *Living a Feminist Life* (2017) me brindó las palabras y conceptos para apalabrar muchas molestias que había experimentado pero que no podía identificar. Nuevamente, me enfrenté a un texto sin reservas, que se atrevía a teorizar desde las experiencias personales, desde las sensaciones del cuerpo y desde las más mínimas resistencias. Con Ahmed aprendí lo que era ser una feminista aguafiestas y con ese término entendí mejor a Beatriz Llenín-Figueroa y a otras mujeres,

escritoras y académicas, que admiraba. También me entendí mejor a mí misma, pues me vi reflejada en escenarios que narraba y que se sentían muy cercanos. En resumidas cuentas, Ahmed, al igual que Beatriz Llenín Figueroa, lograron que me sintiera menos sola.

Sara Ahmed me incitó a repensar los conceptos de fragilidad, felicidad y opresión. Me enseñó que la opresión es algo tangible, y de esta forma validó muchos momentos de incomodidad y ansiedad que he sentido a lo largo de mi vida. Me motivó a mirar con mayor detenimiento la forma en que funciona el mundo y las direcciones en las que me han impulsado. Gracias a su lectura, cuestiono con mayor confianza y esmero las concepciones normalizadas que han dictado lo que debo ser o hacer. Al igual que Beatriz Llenín Figueroa, me ayudó a reivindicar la queja y me dio las palabras y explicaciones para sostenerlas. Ahmed me enseñó que convertirse en feminista te pone en contacto con las tristezas y con las emociones que provoca el fracaso a acomodarse a este sistema. Sin vacilación afirmo que este argumento validó gran parte de mi proceso de escritura.

Vanessa Vilches Norat también me acompaña en este proceso. Mi relación con ella es más íntima, pues tuve la oportunidad de ser su estudiante. Como alumna de su curso de literatura, aprendí a leer como nunca había hecho; escudriñando el texto, notando sus silencios, evaluando su forma y sus patrones, y finalmente, reflexionando sobre la relación entre forma y contenido. Desde entonces, leo con ojos más atentos, e igualmente, procuro escribir pensando en esos detalles, honrando la importancia de la forma y de la resistencia que puede habitar en la misma estructura del texto.

Por otra parte, sus escritos sobre el ejercicio de la escritura son para mí como un diagnóstico de lo que conlleva escribir en este país bajo el signo de mujer. En su texto “De la brevedad de la escritura”, me sentí invitada a situarme, a pensar en mi contexto. Sin ese

principio, se me hace inconcebible el mero hecho de imaginar la escritura. Su labor como escritora y profesora también me ayudó a apreciar el valor de la brevedad y la importancia de saber poner el punto final. Con ella pienso en el atributo de ser concisa y de atreverme a ceder espacio al silencio.

Finalmente, Vanessa Vilches Norat con su trabajo sobre la maternidad, aludido en su texto “Matergrafia: Madre escritora/ escritora de madres” (2017), me abrió un nuevo universo para pensar la relación con mi madre, tema que ha sido motor de mi escritura en los últimos años. Sus teorizaciones acerca de la figura materna cambiaron la forma en la que percibo la relación con mi madre y en general, con las figuras maternas de mi vida. Igualmente, me inspiró su convicción por teorizar lo que nadie se había atrevido a mirar con ojo crítico. Gracias a su genio puedo fijarme en las contradicciones y complejidades de lo que implica ser madre en esta sociedad patriarcal. Especialmente, me dotaron de una empatía de la cual, por más que quisiera, no me puedo deshacer.

Cuando pienso en la literatura contemporánea puertorriqueña, la primera persona que me llega a la mente es Mayra Santos Febres. Sus cuentos y novelas son en sí mismos propuestas teóricas que reivindican la narración literaria de la vida caribeña, de las historias familiares de la isla, de los rincones urbanos de las ciudades más contradictorias de este archipiélago. Su narrativa, al igual que la de Ana Lydia Vega, utiliza el humor y la astucia como tono narrativo, conjurando un panorama caribeño que quienes habitamos aquí conocemos muy bien. Leer *Sirena* *Selena vestida de pena* (2000), *Cualquier miércoles soy tuya* (2002) y los cuentos de *Pez de Vidrio* (1994) fue descubrir nuevas formas posibles de escritura, al igual que nuevos universos temáticos sobre los cuales se pueden inventar historias. Su compromiso por representar vidas femeninas en toda su complejidad social, por señalar cómo funciona la raza en esta isla y por

dibujar mapas sobre las posibilidades que aspiramos para estas cuerpas, me inspiró y me conectó con mayor intensidad al impulso que siento por narrarme desde estas islas que son Caribe.

La ensayística de Mayra Santos-Febres me ha servido como detonador de la escritura, pues en la reflexión de su trayectoria como escritora se aloja la exhortación a escribir y narrar las historias personales, por más particulares que parezcan. En el ensayo “Contra lo universal”, Santos-Febres plantea que “Escribir sobre y desde lo que se es, es una forma de reclamarlo; una manera de completar las visiones del mundo que existen y nos definen. Sin esas exploraciones “particulares” de la realidad, el mundo queda incompleto” (197). Precisamente, una de las razones que han detenido mi impulso creativo durante mi trayectoria universitaria es la certeza de que mi experiencia no es lo suficientemente universal como para ser contada. La aseveración de que la universalidad no debe ser un atributo que condicione la escritura descartó una de mis constantes ansiedades y me motivó a pensar en la narración de vida como una forma de afirmación personal.

Al leer sus textos acerca de la escritura misma en *Sobre piel y papel* (2005), sentí como si tuviera acceso a sus confidencias, a la desnudez de su proceso creativo. En su ensayo “Más mujer que nadie, los retos de las mujeres en el nuevo milenio” (2003), sus comentarios acerca de la feminidad y el feminismo, –atados siempre a las mujeres de su familia–, resonaron enormemente con mis propias experiencias y cuestionamientos como estudiante feminista en construcción. El hecho de que una escritora de su calibre y reconocimiento planteara de una manera tan clara y vulnerable su desarrollo como gestora de literatura y como narradora de historias feministas y antirracistas fue para mí como obtener el permiso de esa figura que admiras para hacer lo que siempre has querido hacer: compartir sin vergüenza ni timidez mis

procesos mediante la escritura. De esta forma, Mayra me abrió las puertas para pensar en el valor que tiene escribir del proceso narrativo y escribir de las historias personales.

Por otro lado, la carta “Speaking in Tongues: A Letter to 3rd World Women Writers” (1980) de Gloria Anzaldúa fue para mí como una declaración de amor desde la resistencia. Aunque no estoy situada en las mismas coordenadas desde donde ella escribió, muchas de sus exhortaciones resonaron en mí y en la escritura de otras mujeres puertorriqueñas que he leído a través de los años. La invitación a escribir, desde donde sea que se encuentre y a ignorar las voces, internas y externas, que cuestionan la validez de mi escritura o mis historias se tradujo en un respiro, en un muy necesario aventón para sumergirme en la escritura sin reservas ni miedos. Su carta se convirtió en un tipo de proclama que leo cada vez que olvido qué es lo que me llevó hasta este capricho de escritura.

En los textos de Gloria Anzaldúa veo un ejemplo de la importancia que tiene posicionarse políticamente mediante la acción de apalabrar opresiones, vulnerabilidades, violencias y supervivencias. Sus textos enmarcan la insistencia por crear teoría desde la experiencia personal, que, para una mujer de color tercermundista, representa un rechazo a la blanca y masculina categoría universal. Igualmente, su escritura demuestra la dificultad y el mérito que supone hacerse vulnerable frente a la página, que en otras palabras es lo mismo que ser real.

Cuando pienso en la escritura desde Puerto Rico, inmediatamente viene a mi mente Yolanda Arroyo Pizarro. Mi primer acercamiento a su literatura fue con el libro *Las Negras* (2012). Leerla fue enfrentarme a todo un mundo de vivencias que yo no podía ni imaginar. Para mí Yolanda es mucho más que una escritora de literatura. Yolanda es gestora, creadora, facilitadora y maestra. Aún recuerdo la fascinación que sentí la primera vez que la escuché hablar en un conversatorio, y que pude observar su convicción y su compromiso político y

artístico. Para ella no hay titubeos. La seguridad con la que se afirma, desde las opresiones que ha vivido y desde el mundo que visiona, me llenaron de esperanza y fuerza.

Como amante de las historias familiares y los relatos genealógicos, quedé maravillada con su Ted Talk “¿Y tu abuela dónde está?” (2016), en donde aprendí que no solo es posible, sino necesario escribir de las ancestras. Con ella pude ver que era posible abrir espacio para otros cuerpos en la literatura, y que la escritura puede ser una forma de buscar justicia, de visibilizar, de radicalizar y de conjurar los futuros posibles que imaginamos. En su amplia producción de escritura, Yolanda me sirve de mapa al pensar en la ficción como la herramienta para plasmar la vida en su más amplia diversidad.

En esencia, este recorrido visita la aportación de las escritoras que me mostraron que existe la apertura para personas como yo dentro del mundo literario; cuyo trasfondo familiar está muy lejos del ámbito académico, que no han encontrado su lugar dentro de la academia, que se identifican desde las experiencias de “ser del campo” y que se sienten desplazadas frente a la cultura de “la metro”, y que desean ser feministas aunque nadie más en su círculo cercano lo entienda o lo apoye. Estas lecturas me mostraron que, a pesar de lo profundamente masculino y distante que puede ser el ambiente de las letras según el canon, hay otras formas de habitar el espacio de la narrativa, hay otras necesidades y vacíos en la producción literaria de la isla y hacen falta las voces que vienen desde donde vengo yo: estudiante mujer, de escasos recursos, de campo y con una inmensa obstinación por dedicarme a lo que se considera innecesario dentro de esta colonia en crisis: la cultura, el arte y la escritura.

La recopilación de los textos mencionados detalla el proceso personal que me trajo a crear y justificar este proyecto creativo. Con esta propuesta, impulso la afirmación feminista de que mi vida y mis historias valen y merecen ser escritas y leídas, sin importar cuán intelectual,

académicas o teóricas sean. Además, es la convicción de que la teoría no es exclusivamente un conjunto de largos y densos textos enredados, sino que la teoría se hace todos los días, desde la vida cotidiana que aparece plasmada en la escritura de estas mujeres. La teoría que de aquí desprendo me invita a validar mis ideas y experiencias desde donde estoy y mi subjetividad, que no es universal ni tiene por qué serlo.



¿Quién va a querer leer esto?

“And of course I am afraid, because the transformation of silence into language and action is an act of self-revelation, and that always seems fraught with danger”.
-Audre Lorde⁴

“I write because I'm scared of writing but I'm more scared of not writing”.
-Gloria Anzaldúa⁵

Cuando entré al Programa de Estudios de Honor, no tenía idea de qué iba a ser mi proyecto de investigación. Había escuchado la posibilidad de hacer un proyecto creativo, pero nunca me lo tomé muy en serio; no entendía bien cuáles eran las posibilidades de esa opción. Durante mis primeros semestres en el programa, mientras empezaba a trazar mi camino como estudiante de literatura, sabía que mi trabajo estaría ligado a las letras, específicamente en Puerto Rico, pues de ahí partía mi preocupación inicial. Sin darme cuenta, comenzaba a establecerme y situarme dentro de mi propia subjetividad: lectora joven desde Puerto Rico. Sin quererlo, comenzaba a insertar ese “yo” tan rezagado en la vida académica. Nunca lo he podido soltar.

Llegué a esta propuesta por una serie de bonitas coincidencias atadas a mis curiosidades intelectuales y a ciertas profesoras que marcaron mi experiencia estudiantil. Otro evento que influyó la necesidad de este cambio fue la llegada de la pandemia, última crisis de la larga lista de eventos históricos que me ha tocado sobrevivir. Regresar a mi pueblo natal y abandonar el espacio universitario me hizo cuestionar mis planes y mis intereses. Además, la cercana fecha de finalización de esta etapa subgraduada me movía a pensar más en mí, en mi voz propia y en lo que, como estudiante casi egresada del sistema UPR, quiero expresar y dejar como legado a esta comunidad.

⁴ “The Transformation of Silence into Language and Action”, 1997, pp. 42.

⁵ “Speaking in Tongues: A Letter To 3rd World Women Writers”, 1981, pp. 169.

Mientras imaginaba los posibles títulos y textos que conformarían este proyecto, me invadía la pregunta: ¿quién va a querer leer esto? Creo que la interrogante no ha dejado de acompañarme. La escucho detrás de mi cabeza cada vez que me siento a escribir y a recordar mis experiencias de vida. Cada vez que afirmo que mi historia es importante, percibo el eco de este cuestionamiento. Al igual que Gloria Anzaldúa en su carta “Speaking in Tongues: A letter to 3rd world women writers”, me pregunto: “Who gave us permission to perform the act of writing? Why does writing seem so unnatural for me?” (166).

La verdad es que hablar desde el yo no es sencillo. No lo veo como un mero ejercicio intelectual: requiere vulnerabilidad y apertura emocional. Sobre la importancia de la escritura, Gloria Anzaldúa afirma en esa valiosísima carta: “To write is to confront one's demons, look them in the face and live to write about them” (171). Escribir implica entonces meterse con lo que una siente y lo que le afecta, y usualmente eso no suena a académico. Pero debo partir de ese mismo cuestionamiento. ¿Qué es lo académico? ¿Por qué tengo que quedarme fuera?

Con interrogantes similares, Hilary Watson reflexiona en la tesis *Writing about Writing* y plantea: “For years it seemed my education conditioned me to believe that my novice voice had no place in academia. I was told others know better than you, learn from them, not yourself” (12). El silenciamiento de la voz propia dentro de la academia tiene repercusiones en la manera en la que, como estudiantes e individuos, nos constituimos. El continuo recordatorio de que nuestras voces y experiencias no tienen cabida en el mundo académico ha llegado a provocarme una separación irreparable entre la teoría y la praxis. Ante ese panorama he llegado a cuestionarme, si la universidad va a ser solo teoría, ¿para qué la quiero?

Reflexionando sobre mi vida universitaria, al igual que establece Audre Lorde en su ensayo “The transformation of Silence into Language and Action”: “what I most regretted were

my silences” (41). Debo admitir que, en ocasiones, mi silencio se convirtió en un lujo, en una falsa ilusión de protección, a pesar de que me mantenía limitada en muchos aspectos. Releyendo la tesis *Writing about Writing*, descubrí que este proceso de escritura, junto con el silenciamiento que estaba justo detrás, tiene mucho que ver con sentimientos de vergüenza. Como cita Watson, “shame is the ultimate way to silence someone” (45). Creo que, desde el título de esta introducción, la vergüenza ha sido elemento constante en mi proceso creativo. “¿Quién va a querer leer esto?”, me pregunto, porque en realidad me avergüenza mucho lo que aquí está escrito y en ocasiones dudo la validez de esta aportación. Sin embargo, decido adoptar la misma actitud que Watson, cuando afirma: “so I write into this shame”. En este proyecto, a pesar de las inseguridades, procuro escribir desde y a pesar de mi vergüenza.

No solo las historias de este proyecto suscitan ese bochorno, sino también la mera elección de este formato. Es incómodo para mí explicar este trabajo. Estoy en el Programa de Honor, pero no culminaré con una investigación académica que me abra puertas a prestigiosas universidades estadounidenses, sino que terminaré con una recolección de confidencias personales y feministas. Es riesgosa la vulnerabilidad que presento en estas páginas, pues da la posibilidad del escrutinio, no solo de mi escritura, sino de mis experiencias. Al compartir estas historias, me expongo a la amenaza de estar sometida a validación de quien logre acceso a este trabajo. Es dolorosa esa vulnerabilidad, pero, como afirma Robert Nash, “Telling our *whole* story, without putting on blinkers, often requires an act of courage” (134).

De todas las encomiendas académicas y artísticas en las que he participado, no había enfrentado nunca la dificultad emocional que ha surgido con este proyecto. Cuando le comenté a mi psicóloga sobre mi propuesta, ella señaló, acertadamente, que requeriría mucho trabajo de mi

parte. La primera vez que esboqué el plan para esta narrativa, creo que no analicé suficientemente lo que implicaría esta narración en mi salud mental. Como expone Sara Ahmed, “Feminist work is often memory work. We work to remember what sometimes we wish would or could just recede” (22). Consideraba que estaba lista para hablar de ciertas experiencias porque llevaba mucho tiempo pensando en ellas. No obstante, no es lo mismo pensar que escribir, ni mucho menos, escribir para la aprobación de otras personas. Revivir esas vivencias destapó heridas que erróneamente creía habían cicatrizado. Además, me obligó a analizarlas desde una nueva perspectiva. La idea de que esos sucesos ya no permanecerían en la esfera de los asuntos privados de mi vida, me forzó a pensar en la culpa y la victimización. ¿A qué o a quién le adjudico, de manera consciente o inconsciente, responsabilidad por estos eventos de mi vida? ¿Qué tanta responsabilidad es mía para reclamar, o qué tan injusta he sido con las personas a mi alrededor? ¿Hasta qué punto estoy victimizándome? ¿Qué culpas debo dejar atrás?

Durante las semanas de mayor bloqueo en este proceso creativo, he llegado a cuestionar mi propia credibilidad en este periodo tan inestable. Mientras intentaba configurar estos textos, me preguntaba: ¿qué tanto debo fijarme en mí? ¿Qué tanto debo buscar afuera? ¿Qué tanto tengo que pensar en mi entorno? Ante la negatividad que en ocasiones dominó mis páginas, me preguntaba: ¿cómo confío en mí misma cuando reconozco que no estoy en un buen estado emocional? ¿Cómo valido la escritura que surge de ahí, de la tristeza, de la desesperanza, de la frustración, del duelo?

En ocasiones, a raíz de estos procesos, necesité un cambio de escenario. Sobre la localización de quien escribe, Vanessa Vilches aboga por el aislamiento y afirma que “Aunque se escribe a partir de las palabras de otros y otras, es necesario el encierro” (25). Sin embargo,

¿cómo funciona el aislamiento cuando se vive en una cuarentena, cuando se han cerrado los accesos físicos y las conexiones interpersonales ocurren de manera cibernética en una misma habitación? Cuando el encierro es la rutina que ha permeado por tantos meses, ¿cómo acercarse a ese proceso de escritura?

Para mí, que conceptualicé este proyecto pensando en los últimos cuatro años que pasé mayormente en Río Piedras, la nueva localización representaba un cambio de actitud y de inspiración. En ocasiones tuve que regresar al hospedaje que, privilegiadamente, aún rento, para lograr una nueva forma de encierro, un cambio de panorama que me ayudara a escapar de la ansiedad del estancamiento naranjiteño. Desde allí permití que la nostalgia me acogiera y pude entonces liberar mis ideas del aprisionamiento de mis expectativas, factor que, como expresa Gloria Anzaldúa, nos condiciona (166).

Antes de comenzar plenamente a escribir estos textos, me habían preguntado por mi proceso de escritura. No recuerdo exactamente cuál fue mi respuesta, pero sí recuerdo lo que pensé: no tengo un proceso de escritura. En aquel momento, –y todavía–, me costaba mucho pensarme como escritora y, por ende, se me hacían impensables los detalles que vendrían como parte de esta vocación. Siempre consideré que ese título venía con demasiada responsabilidad e incluso, con un poco de arrogancia. Hoy entiendo que no se trata de eso sino de la seguridad para afirmarse en la escritura, confianza que, para ser totalmente honesta, aún no poseo y con la que lucho durante cada párrafo de este proyecto.

Rescato las palabras de Gloria Anzaldúa: “How hard it is for us to *think* we can choose to become writers, much less *feel* and *believe* that we can. What have we to contribute, to give?” (166). Creo que mi resistencia ante esa proclama tiene implicaciones contundentes en el mismo

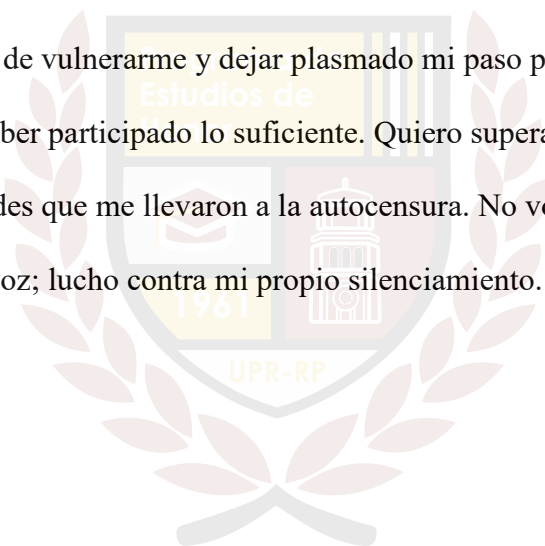
arte que produzco. Hoy me parece necesario afirmarme para poder crear, pero ¿cuál es el requisito para nombrarme escritora? ¿Cuántos textos necesito haber publicado, cuántos seguidores en mis redes, cuántas reacciones a mis publicaciones, para poder adjudicarme el título? Como cuestiona Watson: “At what point will I feel “knowledgeable” enough to write? At what point will others think I am worthy? At what point will I be willing to let others—including myself—see the real me?” (9) Sin catalogarme plenamente como escritora, –aspirante, en formación, estudiante–, ¿cómo puedo pedir que lean estos textos?

Creo que gran parte de este proceso tiene mucho que ver también con lanzarme, y con obligarme a tener un poquito de fe. Mi experiencia universitaria se caracterizó por la desesperanza. Desde los plenos a los que asistía, desde mis clases en las que me sentía tan extraña y desde mis soledades lejos de mi hogar, se me hacía difícil considerar que podía llevar a cabo un trabajo así. Sin embargo, culmino mi trayectoria estudiantil con un proyecto de escritura, que no es más que un salto ilusionado; la esperanza de que alguien me leerá y que quizás alguna idea planteada resonará y provocará otras reflexiones sobre las experiencias personales y sobre cómo entender la vida, en todas sus posibilidades.

Con la mezcla de vergüenza y culpa, de la que es arduo deshacerse, la oportunidad de compartir algo tan íntimo se traduce en miedo, a ser juzgada, a ser invalidada y a no cumplir con las expectativas. Como expresa Audre Lorde: “We fear the visibility without which we cannot truly live” (42). No me he librado enteramente del miedo; permanece en cada idea que escribo, en cada correo electrónico que comparto, en cada ocasión que abro revisiones y me enfrento a críticas externas y propias. El miedo probablemente continúe mientras presente y comparta estos textos. Sin embargo, no me avergüenza afirmar mi temor. Más bien, me enorgullezco de haber

superado mis propias barreras, y de, a pesar de todo, haberme lanzado de lleno a esta propuesta de escritura.

En el revolucionario ensayo “The Transformation of Silence into Language and Action”, Audre Lord afirma: “For we have been socialized to respect fear more than our own needs for language and definition, and while we wait in silence for that final luxury of fearlessness, the weight of that silence will choke us” (44). Reafirmo que hago este trabajo como la única forma que me queda de decir todo lo que callé durante mi vida universitaria y como una manera de superar los silencios que me hicieron sentir invisible dentro de mi Recinto. Escribo esto como la única forma que me queda de vulnerarme y dejar plasmado mi paso por esos salones, en los cuales a veces siento no haber participado lo suficiente. Quiero superar la timidez que me tornó silenciosa y las inseguridades que me llevaron a la autocensura. No voy a permitir que el miedo y la vergüenza ahoguen mi voz; lucho contra mi propio silenciamiento.



Mami, llegué a la IUPI

“Mucho se ha escrito de las madres como espejo de las hijas. Son la superficie donde ese sujeto se mira, se refleja para construirse con, desde, a pesar de ella. Pero las hijas también conforman el espejo de sus madres”.

-Vanessa Vilches Norat⁶

Desde que la conversación sobre los estudios universitarios se hizo constante en mi vida, supe que estudiaría en la IUPI. “Esa es la mejor universidad, y además, la más barata”, me decía mami, quien aseguraba que entrar ahí era una marca de prestigio. Cuando estaba en el último año de escuela superior, una maestra de química le dijo que tenía el potencial para estudiar en la UPR, pero ella sabía que no tenía los medios para llegar allí. “Apenas podía llegar a Bayamón, ¿cómo iba a llegar a Río Piedras?”, me repite enérgica cada vez que cuenta esa historia.

Recién graduada de escuela superior, mami no pudo comenzar estudios universitarios porque tuvo que asumir el cuidado de mi abuela, presagio de la carga que, posteriormente, le volvería a tocar. Luego, entró a Caribbean University a estudiar un grado asociado en contabilidad. Durante ese tiempo, vivía en el barrio Palmarito en Corozal y no tenía auto. La ruta más cercana consistía en esperar pon desde su casa hasta la parada de guaguas en Naranjito, y de ahí partir al terminal de guaguas en Bayamón. Me cuenta con disimulado resentimiento, que, en ocasiones, durante las caminatas en los días que no conseguía pon, transitaba por el área gente conocida, incluso sus propios hermanos, y no se detenían a darle el aventón. No le queda claro si era por que no la veían o si era su silenciada forma de decir: no apoyamos que te vayas a estudiar.

Ante este panorama, mi llegada a la Universidad de Puerto Rico en Río Piedras representó la realización del sueño frustrado de mi madre y de algunas tías que, aunque tenían el

⁶, “Matergrafía: Madre escritora/escritora de madres”, 2017, pp. 7.

deseo de estudiar aquí, sabían que no les era posible y que no contaban con el apoyo familiar ni económico para hacerlo. Hoy, soy la segunda de toda mi familia materna que llega hasta este Recinto. En mi caso, sí cuento con el apoyo y la motivación familiar para estudiar. De hecho, mi ingreso a la universidad ha sido un hecho que desde pequeña se ha dado por sentado; porque como dicen por ahí, yo siempre he sido la más estofona. No obstante, mi inmersión en el mundo de las humanidades y la literatura ha sido otra historia.

En mi familia materna predomina el imaginario de que se estudia para superarse económicamente y poder “salir adelante”. Dentro de esas posibilidades, se permiten aquellas carreras conocidas o cuyas posibilidades laborales son amplias y seguras. Sin embargo, yo tomé otro camino. Me fui a estudiar letras, para enfrentarme a la repetitiva pregunta de “¿qué vas a hacer con eso? ¿en qué vas a trabajar?”, seguido por la afirmación: “te vas a morir de hambre”.

En el ensayo “De la brevedad de la escritura”, Vanessa Vilches afirma que escribir en Puerto Rico parece una obstinación. Yo añado que estudiar literatura es una obstinación igual o peor; una elección que nadie entiende, ni siquiera desde el ámbito escolar. En mi escuela superior, mi desempeño académico y mis logros como estudiante me convertían en la candidata perfecta para entrar a los programas que quisiera, siempre y cuando fueran los que se consideraban prestigiosos, como biología, ingeniería o arquitectura, y en esas opciones no figuraban las concentraciones humanísticas. Para muchas de mis maestras de aquella escuela pública en Naranjito, las humanidades eran una pérdida de tiempo.

Durante el “día de logros” de mi cuarto año de escuela superior, mientras recibía orgullosa mis premios académicos, mi maestra de pre-cálculo me murmuró en un abrazo: “por favor, cámbiate de humanidades”. Ella no era la única que lo pensaba, ni la única que me lo dijo. Durante mi primer año de universidad, me encontré con quien fue mi maestra de español durante

la escuela intermedia y quien, inadvertidamente, inculcó en mí el amor y la pasión por la literatura. Ese día me preguntó qué estaba estudiando, y al escuchar mi respuesta, me contestó que iba a perder mi tiempo. Su lenguaje corporal me dejó con la impresión de que su comentario venía de su propio sueño frustrado, como si me hablara desde la decepción personal de haber estado en mi posición, de haber querido estudiar literatura pero de haberse enfrentado al hecho de que no es una opción viable para todo el mundo en Puerto Rico.

Durante mis primeros años de universidad tuve una indiferencia bastante grande hacia esos comentarios, en gran parte, gracias al apoyo incondicional de mi madre. Ella ha sido exigente con sus expectativas hacia mis estudios, pero nunca ha intentado dictarme el camino, ni siquiera para recomendarme opciones o advertirme sobre futuros inciertos. Siempre me decía, “tú estudia lo que quieras, lo que de verdad te guste. Lo importante es que estudies”. Sin embargo, ella no cursó estudios en lo que de verdad le apasionaba, que en aquel entonces era la pedagogía, sino que estudió una carrera que, económicamente, pudiera ofrecerle una salida del estancamiento que sentía en Corozal, donde le insistían que consiguiera un marido y olvidara lo que para ellos era una pérdida de tiempo: una mujer en la universidad.

Como muchas veces me ha comentado, su ímpetu hacia mis estudios proviene de sus propias frustraciones y de sus ganas incumplidas de aventurar sus pasiones en el ámbito académico de la UPR. Sin embargo, creo que también es resultado de la envejecida idea de que los estudios universitarios son la garantía de movilidad social en este país. Ese fue el sueño que nos han vendido; que los estudios son la llave maestra para salir de la pobreza y el estancamiento. Y aunque para las generaciones anteriores ha sido así, el nuevo panorama de nuestra isla, —con todos sus problemas de accesibilidad a estudios universitarios y con

profesionales desempleados o exiliados por la necesidad de encontrar un salario digno—, es imperativo revisitar y cuestionar esa idea de progreso.

A pesar del inmeso apoyo de mi madre, no siempre se me hizo fácil afirmarme como estudiante de literatura en el marco familiar. Algunas tías me han bombardeado con la pregunta de “qué es eso de literatura”, seguido por las miradas desconfiadas de no comprender a qué le estoy dedicando mi tiempo. Esa duda, con el desconocimiento y el aislamiento que implica, es más común de lo que parece y me persigue hasta los salones de clase, en donde, con demasiada frecuencia, se nos olvida esa brecha educativa.

Admito que siempre me sorprende cuando escucho de algune compañere estudiante cuya familia cercana se dedica a la academia, como profesores o investigadores. Con una familia tan alejada del ambiente universitario, visualizaba a los docentes como si fuesen algo fuera de lo normal, una excepción que no pertenecía al mundo de la población que llega a estudiar a la universidad. Aún me asombra pensar en las posibilidades que puede tener une estudiante que viene de estar inmerse en el campo académico. Aunque nunca necesité de un vínculo familiar para alcanzar mis metas universitarias, pienso que muchas dudas e inseguridades pudieron haber sido aclaradas si hubiese tenido el simple acceso de conversar con una persona egresada del sistema.

Creo que nunca antes había pensado tanto en la vida pasada de mi madre como cuando llegué a la universidad, especialmente luego de adentrarme a los cursos de género. Mientras aprendía sobre teorías y escritoras feministas, se me avivó la curiosidad de intentar entender la vida de mami desde antes de mi nacimiento. Había escuchado sus historias personales, —las vicisitudes que había enfrentado, los sueños y metas que la dirigían y las pasiones que la motivaban—, pero nunca había reflexionado sobre estas experiencias desde una perspectiva

feminista. Los cursos de género me proveyeron un nuevo lente por el cual entender la vida pasada de la persona más importante de mi vida, aunque no compartiéramos el mismo vocabulario para hablar sobre esos nuevos descubrimientos.

A medida que devoraba esas lecturas históricas sobre lo que era y había sido el feminismo, mami se convirtió en la figura central sobre la cuál analizaba esas trayectorias. La conclusión era casi siempre la misma: esos feminismos nunca llegaron a la vida de ella o de mi abuela. Se me acumuló entonces la frustración y el coraje. Me sentía como describe Mayra Santos en su ensayo “Más mujer que nadie: los retos de las mujeres en el nuevo milenio”, al hablar de el movimiento de liberación sexual: “Muchas feministas piensan que esta historia la sabe todo el mundo. Y no es así. Mi madre creo que nunca se enteró (111)”. Precisamente, mi madre tampoco se había enterado de esa trayectoria, ni de quién era Simone de Beauvoir o Virginia Woolf, ni de que la idea de mujer recatada y respetable era una táctica del patriarcado para controlar nuestros cuerpos y libertades. Me parecía absurdo tener discusiones desde la academia sobre cuál feminismo era más inclusivo porque para mí ninguno lo había sido realmente. Luego, entendí el reduccionismo de esta postura; el feminismo había vivido en mi familia desde mucho antes que yo lo descubriera.

Poder apalabrar tantas experiencias mediante el concepto de patriarcado fue un proceso revolucionario que me llenó de rabia; se trataba del coraje y el resentimiento que produce darle nombre a las cosas. Pero la universidad también me enfurecía. Por más que intenté apaciguarlo, me incomodaba estar en salones que no fueron accesibles para ella, con conversaciones que sentía no poder trasladar a nuestros intercambios. Mi relación con mi madre, y por consecuencia, con otras mujeres de mi familia, me mantuvieron anclada a mi procedencia durante mi proceso

de deconstrucción. Ellas representaban la base desde la cuál quería desarrollar mi práctica feminista.

Como parte de este continuo proceso de formación política, llegué hasta el bello espacio del Huerto Semilla en el Recinto de Río Piedras. Ahí me acerqué a la agroecología desde la experiencia estudiantil y combativa. La huerta se me presentó como un lugar verdaderamente político, pero sobretudo inclusivo, que me acercó al trabajo agrícola que realizaba mi madre en la finca de mi casa. En la brigada de aquel verde oasis metropolitano, trabajé por primera vez, —de manera consciente—, con la composta, material que se producía en mi casa con la mezcla de residuos que mi madre se empeñaba en conservar. Desde mi cotidianidad naranjiteña, nunca aprecié ni entendí a cabalidad la importancia de ese ritual. No obstante, desde la huerta riopedrense, comprendí el valor del trabajo que hacía mi madre cada día en nuestros patios.

Huerto Semilla fue también de los pocos espacios políticos y universitarios que quería que mi madre visitara. El respeto que cultivaban por los saberes comunitarios y ancestrales hacía que me ilusionara llevar a mami a conversar con jóvenes que tenían la misma pasión por las plantas que ella, —amor que no logré heredar completamente—. Me enorgullecía la idea de un espacio universitario al que mi madre tendría muchísimo conocimiento por aportar, y del cual, de igual manera, podría ella llevarse algún truquito o lección. La posibilidad de un intercambio de saberes solidario y horizontal sanaba un poco la herida que me había dejado la falta de accesibilidad a la vida académica.

Además, la dinámica de la huerta honraba la presencia de nuevas personas y la diferenciación entre procesos de deconstrucción. Su insistencia por nombrar sus intenciones y llegar a acuerdos en conjunto aliviaba el susto que sentía al pensar en mami adentrándose a un ambiente político de vanguardia, con identidades diversas que ella nunca había conocido. Sabía

que el huerto era el lugar perfecto para presentarle conceptos nuevos, como lo que es la dinámica de compartir pronombres o las personas que se identifican con un *elle*. A través del amor por la naturaleza y la agricultura, sentía que podía acercar y conciliar el ambiente universitario con el familiar; dos mundos que por mucho tiempo me hicieron sentirme dividida.

Gran parte de mi trayectoria universitaria ha sido imaginar cómo pudo haber sido la vida de mi madre si hubiese tenido las mismas oportunidades que, fajonamente, me ofreció. Desde la soledad de una ciudad universitaria que se me hacía tan ajena, recordaba sus historias y nos veía reflejadas en nuestras soledades y percances. Mis experiencias como estudiante me han hecho sentirme más cercana a ella, pero, al mismo tiempo, me han sumado muchos pesos. No solo convivía con mis propios anhelos e incertidumbres, sino también con sus ilusiones de entrar por los portones por donde entraba yo cada mañana, sudorosa y distraída, con los dolores de las millas que a ella le tocó recorrer, sin recibir más apoyo que el de su propia madre, y con las expectativas que heredé de ser, como ella bien expresa, “su continuación”, una extensión de ella misma.

Durante este trayecto, descubrí que es difícil cargar con la ilusión de tantos planes incumplidos. Cansa el agobio de tantas expectativas, de los sueños no cumplidos de mi madre, de las oportunidades que le dieron la espalda y de todos aquellos pantalones-bien-puestos que la intentaron pisotear porque la vieron como un *ella* desafiante, como alguien con aspiración y posibilidad de salir de allí, de aquel verde lejano, alargado y silencioso. Imagino que somos muchas las que cargamos con estos pesos. Entiendo también que es una suerte tenerlos; un empuje, la seguridad del apoyo. Pero también arraigan una tristeza que se cuela en cada proceso y cada logro. En su peor manifestación, son la causa de una ambición desmedida que nunca me permite sentir que he hecho lo suficiente por honrar los deseos de esa mujer que sueña y vive a

través de mis ojos. En su mejor forma, son experiencias sobre las cuales fortalezco mi relación con ella y, sobre todo, combustible para mis reflexiones y escritura.



De Twitter al pleno

Llegué a la IUPI después de un año académico que culminó en huelga. Antes de ser oficialmente jerezana, me mantenía al tanto de lo que ocurría en los portones gracias a las redes sociales, especialmente por las cuentas del movimiento estudiantil y de las portavoces que documentaban el evento histórico, testigos de primera línea. Por ende, entré al Recinto riopedrense, catalogado como el más problemático, con una idea de lo que era la acción política, con aires de que mediante la protesta podríamos cambiarlo todo y con la absurda mentalidad de que el país entero estaba entendiendo lo mismo que yo aprendía al leer aquellas cuentas. Gracias a la lucha estudiantil de ese año, arrivé con una convicción y un deseo profundo de defender la universidad y con una admiración gigante por lo que aquellas jóvenes habían logrado detrás de los portones.

Llegué también con la errónea visión de que todo el mundo en esta universidad estaba “puesto pal problema”. Sobreestimé el nivel de radicalización política que encontraría en los pasillos. Pensaba que en las aulas de clase sería la norma conocer a estudiantes combativas y que las conversaciones del curso aludirían a lo que sucedía en el país y a lo que transcurrió en la institución durante el proceso huelgario. Imaginaba que ante el grito “candela”, el resto del grupo contestaría en unísono: “LA IUPI DA CANDELA”.

Luego de ver la huelga desde la pantalla del televisor, y de observar aquellas figuras, mayormente femeninas, con sus atuendos de hippie, —que ahora yo también uso—, con sus pañuelos en la cabeza, sus axilas peludas y sus potentes gargantas gritando consignas, imaginaba que llegaba a una zona altamente combativa, revolucionaria. No obstante, para mi sorpresa y decepción, me topé con salones resignados, poblados de estudiantes con muy poco conocimiento de lo que sucedía y con profesores indiferentes que no osaban hablar de asuntos que quedaran

fuera del currículo. Creo que esa fue la primera vez que confirmé la trillada premisa de que “Twitter es una burbuja”.

Sin embargo, Twitter fue mi primera escuelita política y el espacio cibernético que me permitió convertirme en quien soy hoy. Allí, y no en los pasillos de la universidad, como narra Ana Lydia Vega en su famoso ensayo “La felicidad (ja ja ja ja) y la Universidad”, fue que me encontré con algunos de los conceptos políticos más discutidos en aquel entonces: patriarcado, clasismo, elitismo, paternalismo, accesibilidad. La curiosidad que desataron aquellos tuits (y publicaciones de otras redes) me fue llevando a otros conceptos más grandes: capitalismo, feminismo, interseccionalidad, justicia social y colonialidad.

Gracias a esas cuentas combativas, a las consignas tuitadas, a las discusiones y a la información posteada, nació en mí una curiosidad interminable que acunó el desarrollo de pensamiento crítico. Las denuncias y los breves análisis fueron despertando una conciencia incisiva que me instó a buscar más, a entender esos conceptos desconocidos, a leer los textos teóricos a los que aludían y a conocer los procesos jurídicos que se cuestionaban durante aquel proceso de huelga. Las redes sociales fueron mi primer acercamiento al lenguaje inclusivo, a conceptos de identidad de género, de justicia social, de clasismo, de neoliberalismo, de abuso policiaco, entre otros asuntos que me parecían demasiado complicados como para abordar en una reunión o encuentro. De Twitter se originó mi convicción y deseo de ser una de estas estudiantes problemáticas, una “pelúa de la iupi”, arquetipo que resultó ser mucho más complejo de lo que pensaba originalmente.

Entusiasmada por conocer e insertarme en aquellos espacios combativos presenciales, asistí al primer pleno convocado en mi primer año, justo después del Huracán María. Era la primera vez que asistía a algún tipo de reunión política, así que tenía muy altas expectativas. Nos

agrupamos frente a la entrada principal del Centro de Estudiantes. A pesar de la dificultad que supone organizar un primer encuentro después de las catástrofes, naturales y políticas, que habíamos enfrentado, se dieron cita más de cien estudiantes. Si mal no recuerdo, aquel pleno pretendía discutir la más reciente versión del Plan Fiscal junto a sus implicaciones. Se habló sobre los aumentos de matrícula y cuotas, y sobre el posible cierre o consolidación de recintos. Reinaba una atmósfera de alarma; nos parecían distópicos los planes que escuchábamos.

Mientras se discutían estas medidas y las posibilidades que le quedaban al “movimiento estudiantil”, la conversación se fue tornando en una introspección al pasado, y el pleno terminó convirtiéndose en un círculo de reflexiones y encontronazos post-huelga. La división entre portones se hizo visible en los turnos de estudiantes que analizaban críticamente, con cansancio y pesadumbre, lo que consideraban fueron sus errores del proceso huelgario.

Fue interesante escuchar hablar, por primera vez en persona, a esas figuras míticas que había construido a partir de las redes sociales y en los medios de comunicación. Allí estaban quienes habían paralizado el servicio educativo del país en busca de preservar la accesibilidad de una institución amenazada, tomando turnos para desahogar sus frustraciones de un intenso proceso que duró 72 días. Entre reflexiones y críticas buscaban contestar si habían perdido o ganado con su proceso de lucha. Los ánimos cansados apuntaban a una derrota. Sin embargo, yo estaba allí, ávida por enterarme de lo que había sucedido y cuáles serían los nuevos planes. Hoy pienso que mi asistencia a ese pleno, junto a la del resto de personas de primer año, era una victoria para el movimiento estudiantil.

Salí de allí con una visión mucho más realista de lo que había sido realmente el proceso de lucha: un espacio diverso lleno de debates y confrontaciones. No fue, como imaginaba, un ambiente de consenso. Al contrario, la diferencia y la objeción fue lo que dirigió el diálogo. No

creo que pude apreciar la riqueza de ese intercambio en aquel momento. Precisamente por esta dinámica diversa y confrontacional, la impresión que me llevé fue la de un movimiento disperso y establecido a base de unas vivencias en común. Extraña a aquellas experiencias, lo sentí como un espacio cerrado.

Desde aquel momento, pensando en lo complicado que era tomar decisiones y organizar desde un espacio tan plural, comencé a preguntarme, ¿cómo conciliamos la diversidad política de las personas que se daban cita en esos plenos? Creo que nunca pude esbozar una respuesta. Mientras avanzaba el semestre, fui testigo de cómo se iba reduciendo el número de estudiantes que se presentaban, hasta convertirse en una corilla diminuta que se reunía en salones a hablar de la universidad. Yo continuaba asistiendo con algunas amigas que se sentían igual que yo: puestas pal problema, pero intrusas en un espacio que no se sentía verdaderamente abierto. Esa falta de apertura surgía de que no había un reconocimiento de las personas nuevas en el espacio. Por mucho tiempo, –y todavía–, esa es una de mis mayores frustraciones y preocupaciones con el movimiento estudiantil que conocí cuando estudiaba en el recinto. No puedo descartar los esfuerzos de algunos compas que intentaron gestionar dinámicas de formación política, pero fueron inciativas que se desvanecieron tras el empuje de las responsabilidades semestrales.

Otro elemento que limitó mi capacidad de entrar a esos espacios fue mi timidez y la inseguridad que me provocaba mi desconocimiento, sensación que permanecería presente el resto de mi vida universitaria. Dentro de mi ingenuidad de prepa, estaba consciente de que me faltaba un mundo por aprender y deconstruir. Eran evidentes las diferencias ideológicas entre las personas que han leído, estudiado y organizado alrededor de lo político y quienes, como yo, aún aprendían a utilizar el sustantivo fuera de un contexto partidista. Ingresar a la universidad implicó el desarrollo de lo que Ana Lydia Vega llama “la hiper-consciencia universitaria”; me di

cuenta de que “lo político” era mucho más profundo que una cuestión de partidos o elecciones. En aquel momento, no tenía idea de la amplitud de ese concepto, razón por la cual cuando me enteré de la famosa consigna “lo personal es político”, mi visión de mundo cambió completamente y el feminismo se consolidó como un norte en mi vida.

La conciencia de mi desconocimiento, más las dinámicas de aquellos espacios, me sumieron en lo que consideraba una inhibición activista. Sentía que asistía a las reuniones como un ente pasivo que escuchaba, quietecita, lo que acontecía en aquellos intimidantes espacios. Miraba, asombrada y curiosa, la participación de las feministas aguafiestas, como diría Sara Ahmed. Eran feministas confrontacionales, de las que las cantaban de frente, con actitud, sin sonrisas ni cordialidades. Eran aquellas que tensaban el ambiente. En aquel momento, sentía pavor ante su presencia. Me imaginaba cometiendo un error, diciendo algo que no fuera políticamente correcto o fallando en el intento de usar lenguaje inclusivo y sentía que me fulminarían con su mirada.

La intimidación que me provocaban las feministas aguafiestas nacía de la admiración y el respeto que les guardaba y que, contraproducentemente, me sumía en el silencio del miedo a meter la pata. Quería poseer el conocimiento y el valor para ser así de vocal, pero me aterraba dar una mala imagen ante ellas. De ese temor a la osadía para hablar hay un largo camino de estudio y aprendizaje, al menos desde la óptica en la que veía el crecimiento de una conciencia política. Por eso me gustaba participar de estos procesos, aunque no conociera a nadie o no me atreviera a decir nada; eran un parque de aprendizaje, una piscina, –no tan llanita–, a la que podía sumergirme poco a poco, a escuchar las discusiones, a familiarizarme con el lenguaje, los argumentos y los métodos de lucha.

Por otro lado, debo recalcar que también operaba una dinámica palpable de choques entre ideologías y niveles de radicalización. En el caso de las feministas aguafiestas, precisamente porque sus argumentos me parecían ser los de mayor vanguardia, me sentía distante de ellas como compañeras de lucha. ¿Hasta qué punto la postura de confrontación y constante defensiva funciona en un contexto de formación política? Creo que precisamente ahí estaba el detalle; aquel espacio no era uno formativo, y aunque permeaban algunas prácticas y discursos feministas, no fomentaba realmente una apertura que honrara la diversidad de procesos y voces, y que acogiera a personas a pesar de sus limitaciones retóricas o teóricas.

Allí reinaba la frustración, el coraje y el agotamiento que produce la lucha política sin descanso. También operaba el hastío de tener que ejercer el trabajo educativo y emocional que implicaba poner al día y “call out” las violencias de estudiantes recién integrados a ese ambiente. No pretendo argumentar que el trabajo educativo les tocara a las feministas, pero como estudiante curiosa y ávida por integrarme a esa lucha, me entristecía la dinámica que me hacía sentirme siempre menos y motivaba mi autocensura, en twitter y en el pleno.

A medida en que iba sintiéndome más cómoda en aquellos espacios, guardaba un creciente resentimiento por mis propios desconocimientos. Comenzaba a preguntarme, ¿cómo es que esta gente ya ha avanzado tanto en lo que, infantilmente, veía como una carrera de deconstrucción? ¿Cómo han logrado tener tanta perspectiva anticapitalista, anticolonial, feminista y ecológica? Intenté trazar los hilos y vi algunos patrones que no eran lo suficientemente constantes como para proveer un diagnóstico, pero que, desde mi propio ego, asumí como afrentas personales.

Muchas venían de colegios o de escuelas públicas que no son como en la que estudié yo: UHS, University Gardens, entre otros nombres con los que fui familiarizándome. Muchas corillas se habían trasladado desde sus respectivas escuelas, y otras habían participado del proceso huelgario a nivel escolar. Para mí, que desde mi escuela lo más político que se hizo fue sacar a una directora mediocre, estos eran accesos inexistentes. Mis amistades de Naranjito y yo nunca tuvimos la mera posibilidad de estar expuestas a este tipo de conversaciones políticas. Entonces me di cuenta del poder y la influencia de las redes sociales: si no hubiese sido por ellas, hubiera llegado mucho más crudita a esos espacios, y tal vez, la brecha en conocimiento político me hubiese inhibido de poner un pie en cualquier actividad del Movimiento Estudiantil.

Además, todavía procesaba el choque que sentí al ver el ambiente estudiantil en mis primeras clases de universidad, en donde predominaban los grupos de amistades que hablaban inglés entre sí, fenómeno muy inusual en Naranjito. Sorprendida, notaba cómo muchos estudiantes de nuevo ingreso se conocían; venían de las mismas escuelas que luego descubrí eran colegios. Aquello fue otro sobresalto para la Paula prepa: la mayoría de los estudiantes venían de escuelas privadas. Desde aquel descubrimiento comencé a sentirme aislada, extranjera, una anomalía. Me topé con un Puerto Rico que desconocía, un país en donde los colegios privados eran algo más grande que la mediocre Academia Católica a donde asistían las personas más adineradas de Naranjito.

Los colegios que mencionaban aquí eran otra cosa; escuelas especializadas, con trabajadores sociales, mentores, programas de internados, de investigación, con ofertas de becas y orientaciones acerca del futuro universitario, todos los servicios que para mí, viniendo de escuela pública, eran misterios desconocidos, conceptos extranjeros, antítesis de precariedad.

Aquí fue que comencé a percatarme de las dos caras de esta institución: una que se pinta de lucha y una que está colmada de privilegio.

Mientras manejaba las incomodidades que me producía intentar integrarme a un ambiente de lucha que se sentía demasiado adelantado como para alcanzarlo, descubrí que parte de mi desconocimiento surgía de mis propios privilegios. A pesar de que sentía disgusto y silenciamiento por la falta de acceso que implicaba mi procedencia, contaba con otras oportunidades y comodidades que muchas otras personas de estos espacios no tenían. Nunca tuve que pensar en la necesidad de inclusión de personas negras o trans en el feminismo porque siempre me vi incluida. Nunca tuve que pensar en cuestiones de clase o de pobreza extrema porque yo nunca pasé hambre, ni necesité trabajar para obtener un plato de comida. Mis propias realidades me alejaron de muchos conceptos políticos a los cuales se llega por las dificultades de la vida, más que por la teoría de los libros. Del resentimiento pasé a una leve vergüenza, como suele pasar cuando una se da cuenta, o te hacen ser consciente, de tus propios privilegios.

Durante el tiempo en el que militaba constantemente en grupos y actividades del Movimiento Estudiantil, —que para ese entonces no contaba con muchos estudiantes activos—, fui bastante vocal en mis redes sociales. Compartía información, consignas, convocatorias, participaba de los tuitazos y expresaba mi indignación. No obstante, a medida en que me fui alejando de ese ambiente, adopté un tipo de silencio en mis redes. Luego de la activa participación cibernética durante el verano combativo, me abstuve de la contribución constante en Twitter, Facebook e Instagram.

En parte, me recluí por el miedo a la cancelación, pero la razón principal es que sentía que aún no sabía lo suficiente, que no tenía el conocimiento o la trayectoria para expresarme sobre ciertos temas que recién había descubierto. Me sumé en una autocensura que provino del

no sentirme lo verdaderamente experta como para expresarme en el mar de opiniones que albergan las redes sociales. Hoy entiendo que este silencio fue un problema, considerando que vivimos en la era cibernética en donde todo aquel que tenga una cuenta en alguna red social puede convertirse en una experte, una activista o una canceladora profesional.

No recuerdo con detalle la cantidad de manifestaciones en las que pude participar. Por aquello de preservar la memoria de la creatividad estudiantil y puertorriqueña, destaco que participé de sal pa' afueras, tallereos, cacerolazos, bombazos, piquetes relámpagos, primeros de mayo, ocho de marzo, 25 de noviembre y dos semanas de un intenso verano combativo. No obstante, desde mi actualidad como estudiante de cuarto año a punto de graduarse, no considero que lograra encontrar el sentido de colectividad y comunidad que aspiraba cuando veía la huelga desde la escuela superior. A pesar de que aprendí mucho de todas estas experiencias, nunca me sentí como parte de algo verdaderamente organizado.

Antes de que comenzara la cuarentena, tenía planes de participar activamente del Comedor Social, iniciativa que, desde el trabajo de base, la comunicación y las relaciones interpersonales, propiciaba una verdadera radicalización política. No obstante, el regreso obligado que trajo la pandemia me impidió integrarme plenamente a ese proyecto, que para mí, por su organización, consistencia y dinámica interna, ejemplificaba el futuro político de la comunidad universitaria. De todas las pausas que impuso esta crisis, la falta de mi contacto con proyectos políticos organizados fue una de las pérdidas que estimo más irrecuperable.

Sin embargo, el encierro permitió otro tipo de labor política que se ha manifestado lejos de las redes, de Twitter y del pleno. Se trata del trabajo emocional que acapara este proyecto, así como el resto de mis aportaciones escritas. La cercanía con mi hogar de origen y mi familia me ha llevado a cuestionar mucho del activismo que aspiraba a realizar desde Río Piedras. Desde

esta nueva modalidad, lo que representaba el pleno en mi vida ha sido sustituido por las conversaciones dispersas que sostengo con mi madre o mi hermano, en las que discutimos acerca del gobierno o de los derechos de las mujeres, y en la sesión de quejas que abrimos cada vez que logro reunirme con algunas de mis amistades. En esos intercambios, seguimos germinando nuevas ideas y sustentando nuestras pequeñas resistencias. Lejos del ambiente universitario, he podido confirmar que sigo y seguiré siendo una pelúa de la iupi, desde cualquier trinchera.



Profe, estoy deprimida

“My body its memory: to share a memory is to put a body into words”.

-Sara Ahmed⁷

Un desliz, una mala pisada, una caída. El retumbe de la súbita pausa de un cuerpo en movimiento que sucumbe al suelo luego de enredarse en sus propias piernas. Me había caído mientras corría, rutina inicial de calentamiento en las prácticas del Dance Team. Las lágrimas llegaron más rápido que la consciencia del suceso; no había forma de controlarlas. Me puse de pie y confirmé que no tenía dolor físico, no me había lastimado nada. Sin embargo, sollozaba como si me hubiese roto un hueso. Mis compañeras del equipo se acercaron preocupadas, mientras me alejaba rápidamente hacia los largos baños del complejo deportivo. “Estoy bien”, trataba de pronunciar.

Aquella caída fue un “snap”, concepto que Sara Ahmed define en su libro *Living a Feminist life*, como “to break suddenly; to give way abruptly under pressure or tension; to suffer a physical or mental breakdown, especially while under stress” (188). El tropiezo desató toda la ansiedad que por meses había intentado ocultar. Llevaba seis meses en el equipo, aunque nunca me había sentido realmente cómoda. Después de ese incidente, intenté regresar, pero de camino me atacó el mismo llanto desesperado. Sentía terror de acercarme al complejo, así que no volví más a esas prácticas. Desaparecí como quien nunca fue parte de aquellas canchas, y ni siquiera me despedí de las personas que tantas veces vi entrenar. Mi cuerpo tomó la decisión por sí mismo; no podía continuar en aquel lugar.

⁷ *Living a feminist life*, 2017, pp. 23.

“If pressure is an action, snap is a reaction. Pressure is hard to notice unless you are under that pressure”.⁸

Cuando ingresé al Dance Team, me sentía deprimida. No recuerdo bien donde comencé a sentirme tan mal, si fue cuando ingresé al equipo, si fue desde el paso del huracán. En este entramado de circunstancias, es confuso y complejo intentar encontrar el origen de todo. Sin embargo, recuerdo que gastaba mucha energía intentando vislumbrar cómo podía cumplir con esa responsabilidad durante un verano en el que no tenía carro ni nadie que me llevara y trajera de Río Piedras a Naranjito. Por un tiempo, me quedé en mi hospedaje ya que era mi única alternativa para llegar a las prácticas tres veces en semana. Esta estadía conllevaba algunos retos cotidianos, como conseguir transportación para hacer compra y descifrar cómo lavar la ropa sin agotar mi pequeño presupuesto en el laundromat. Mi rutina consistía en encerrarme en mi pequeño estudio la mayor parte del día, para luego caminar hasta las prácticas y regresar, agotada, a aprisionarme con el calor y las cucarachas.

Para aquel entonces, eran constantes los episodios de llanto provocados por la angustia acumulada de tener que cumplir con aquel compromiso, —cabe destacar, no remunerado por la universidad—. Me daba terror ir al complejo y no sabía cómo hablar o comportarme con mis compañeras de equipo. Me aislé de todos excepto de mi expareja, quien era la única persona que me mantenía acompañada durante esos días solitarios. Mientras atravesaba estas nuevas e intensas emociones, era consciente de que algo andaba mal en mí. Mis reacciones desproporcionadas a situaciones tan absurdas como tropezarme o llegar hasta una práctica me llevaron a cuestionarme qué estaba sucediendo en mi vida y porque me sentía en tanto descontrol.

⁸ *Living a feminist life*, 2017, pp. 189

Ingresé a la universidad después del paso del Huracán María, acontecimiento que representó una frontera en la continuidad de mi vida. Las preocupaciones y prioridades ahora consistían en cuestiones básicas y esenciales que nunca antes había tenido que considerar, como conseguir electricidad para cargar el teléfono o encontrar hielo para preservar alguna carne. El sentido de seguridad que me había acompañado en los años anteriores me abandonó ante la visión de una isla destrozada y a oscuras. El nuevo panorama me marcó profundamente, al punto de representar un antes y un después en mi vida. Ante este desplazamiento, emocional y físico, buscaba incesantemente una fuente de seguridad que apaciguara el impacto de ver la vida esfumada en derrumbes e inundaciones.

El 29 de octubre volví a mi pequeño hospedaje en la calle Consuelo Carbo en Río Piedras, donde vivía sola. Las clases comenzaban al día siguiente, a pesar de que no había luz en casi ninguna parte de Río Piedras. Recuerdo haberme refugiado en la cafetería Arrope, que operaba con una planta eléctrica. Lo mismo hice en El 8 de blanco y en el Burger King; mendigábamos en establecimientos donde pudiéramos poner a cargar nuestros aparatos electrónicos y tener luz para leer lo que nos asignaban los profesores.

La primera semana fue muy difícil encontrar hielo, elemento indispensable para poder mantener algunos alimentos esenciales fríos en mi neverita de playa: queso, jamón, mantequilla. Ante la prolongada ausencia de energía eléctrica, la nevera de apenas cuatro pies que incluía mi diminuto apartamento permaneció en desuso por bastante tiempo. A finales de esa primera semana de regreso, llegó la luz en la mayoría de Río Piedras, incluyendo la universidad. Los apagones eran habituales y masivos durante el periodo en que se intentaba restablecer el sistema eléctrico del país. Yo me enteraba de ellos por el ruido de aquella pseudociudad que encendía las plantas eléctricas ante cualquier flaqueza del sistema energético, pues mi hospedaje seguía sin

luz. Estaba, como se escuchaba constantemente en aquel periodo, en uno de los famosos “bolsillos”; rincones que permanecían apagados mientras los vecinos recibían el servicio. Éramos las esquinas olvidadas que no lograban suplirse de energía.

Fui parte de ese bolsillo apagado hasta el 6 de diciembre. Cuando ingresé a mi hospedaje y vi la bombilla encendida, imagen que apenas había visto desde que comencé a pasar allí mis noches, sentí uno de los alivios más inmensos de mi vida. Luego escribiría en mi diario el 15 de diciembre de 2017 acerca de este suceso: “Querido diario, creo que estoy deprimida. Y creo que llevo deprimida ya casi un año. No recuerdo la última vez que me sentí genuinamente feliz. (Ah, sí, cuando me llegó la luz al hospe)”.

Por otro lado, mi primer año post huracán incluyó un distanciamiento con varias fuentes de apoyo importantes. Graduarme de escuela superior, más el paso del huracán María, implicó la desconexión con otros espacios que consideraba mi comunidad. Me sentía alejada de amistades, y mi familia, que siempre ha sido pequeña, se me hacía más reducida aún. Mi hermano seguía su vida desde Naranjito y mi madre, quien siempre fue mi mayor fuente de apoyo, había sido convocada en otros asuntos más apremiantes.

Desde el 2017, ella comenzó a ejercer como cuidadora de mi abuela quien, por su edad avanzada y por estar encamada, había empeorado de salud y requería un cuidado intensivo. Tuvo que comenzar a vivir en casa de mi abuela para poder atenderla. Exceptuando los meses en los que mi tía, residente de Estados Unidos, venía para cuidarla, era un trabajo sin descanso. Mami llevaba ya un año en esta tarea; tres meses se quedaba ella y tres meses su hermana. Aún así, en los meses en los que mi tía la relevaba, ella continuaba con responsabilidades familiares como hacer compra, atender a otras hermanas impedidas y conseguir medicamentos.

En un inicio no pude pronosticar el cambio que representaría esta nueva función de mi madre. Yo comenzaría a vivir sola en Río Piedras, así que pensé que no notaría tanto su ausencia en mi casa. Sin embargo, su nueva responsabilidad me hizo sentir que ya no podía contar con ella como antes. Siendo ella la figura principal de mi núcleo familiar, imaginarme sin su apoyo resultaba devastador. Todavía la tenía y la podía ver de vez en cuando, pero pedirle su ayuda era más complicado, pues me sentía culpable de estar empeorando sus ya precarias condiciones. Si me desprendía de ella me sentía huérfana, y si la buscaba me sentía como una carga. Ya no sabía cómo abordar mi relación materna.

“The assumption of fragility can make something fragile”⁹

La vulnerabilidad que me dejó la partida de estas fuentes de apoyo propulsó dependencias emocionales y materiales con otras personas. Aunque nunca me permití aceptarlo, tenía miedo de vivir sola en Río Piedras. Constantemente, me cuestionaba si verdaderamente podía hacerlo, mientras recibía los incontables comentarios de personas, queridas y lejanas, que me repetían en cada oportunidad: “no vayas sola, ten cuidado, anda precavida”. A eso se le sumaban las peticiones de “me escribes cuando llegues”, que reflejan inmenso amor, pero que tanto miedo infligen. Esta dinámica implicaba también una noción de fragilidad. Desde antes de mudarme, este tipo de comentarios me habían dejado claro que la ciudad no era para mí, que ante ese espacio me tocaba hacerme lo más pequeña posible para, en el mejor de los casos, pasar desapercibida y evitar las consecuencias de andar por un espacio que no me correspondía.

Cuando por fin llegué a la famosa ciudad universitaria, mi desasosiego se confirmó. Mis circunstancias eran tan inestables que quedé convencida de mi necesidad de apoyo, de mi incapacidad de sobrevivir sola en aquella zona. Ahmed describe muy bien mi reacción: “You

⁹ *Living a feminist life*, 2017, pp. 169

waver, you fall. And you confirm the expectation. A confirmation can be the hardening of an idea: it becomes a thing. You encounter that thing; you become that thing” (170).

Una de las experiencias que más afianzó mi previsión de fragilidad fue cuando viajé sola en el tren desde Bayamón hasta Río Piedras un sábado por la noche. Me dirigía a una actividad musical en la que participaría mi expareja. Durante el trayecto, un hombre, sumido en los efectos de alguna droga, me hostigó en el solitario vagón del tren. Estaba aterrada, a pesar de que el muchacho estaba tan drogado que era improbable que pudiera hacerme algún daño físico.

Mi mayor miedo era que me persiguiera cuando me bajara en la estación de Río Piedras, por aquel largo y desierto pasillo subterráneo de la parada. Afortunadamente, eso nunca sucedió. El muchacho se limitó a tirarme un beso de despedida desde el vagón que se alejaba. Yo corrí hasta la parte superior de la estación, deseosa de encontrarme con algún rostro conocido. Cuando vi a quien buscaba, me tiré en sus brazos a llorar. Era la corroboración de que Río Piedras no era un lugar habitable para mí, de que las amenazas de la vida adulta no me permitirían sobrevivir sola.

Este desafortunado episodio, más las precarias condiciones en las que vivía en mi ciudad universitaria, confirmaron mi sospecha de fragilidad. Me sentí incapaz y pequeña. Se fortaleció el presentimiento de que no era lo suficientemente fuerte como para vivir sola en una ciudad que me amenazaba desde que abría mi puerta. Sentí que nunca podría volver a ser independiente, y con ese terror desarrollé una fobia a la soledad. Rescato lo que escribí en mi diario el 10 de diciembre de 2017: “Este pasado fin de semana tuve miedo porque pensé que estaba deprimiéndome de nuevo. Esta vez el problema era mami, la ausencia de un hogar, la ausencia de compañía y apoyo, la terrible soledad”.

El miedo a la soledad y las precarias condiciones del momento garantizaron el desarrollo de una dependencia material y emocional hacia quien era mi pareja en aquel momento. En aquel momento, con 18 años, pensaba que tenía una crisis de salud mental por problemas con una relación amorosa, pues durante ese año fueron varias las veces que terminaba y recomenzaba esa relación. Sentía vergüenza al repetir esa premisa. ¿Cómo iba a decirle a un profesor o a mi coach, “estoy deprimida porque tengo problemas con mi novio”? Luego de varios años, rememoro aquel periodo y concluyo que los problemas con mi exnovio se resumían en que ya no quería estar con él, pero sentía que no podía dejarlo porque no podría sobrevivir esa nueva vida sin su apoyo.

Durante todo ese tiempo, sobreviví en gran medida gracias a que pude alojarme con él para poder bañarme con agua caliente, cargar mi computadora y celular y dormir con abanico. Él era quien me daba pon de Naranjito a Río Piedras y viceversa, pues yo no tenía carro y mi madre estaba en casa de mi abuela cuidándola. Él era quien me llevaba al supermercado antes de llegar a mi hospedaje. Él fue quien me alojó cuando no tenía luz para cumplir con mis responsabilidades académicas. Me preguntaba: ¿cómo voy a hacer para llegar a Río Piedras? ¿cómo voy a moverme sola por esa zona que tanto me aterroriza, si siempre cuento con él para poder caminar de noche, o simplemente para llegar a mi hospedaje? ¿cómo voy a sobrevivir Río Piedras por mi cuenta y sin carro?

Me sumergí en un patrón de no decir nada, de mantenerme callada porque no sentía que tenía razones válidas para sentirme como me sentía. Para mí, un novio no validaba que no pudiese asistir a clases o que tuviese que emplear todas mis energías en contener las lágrimas durante un curso. Lo que entendía eran las razones de mi llanto no parecían ser excusas válidas ante una cultura académica en la que tradicionalmente no se contempla la salud mental o el bienestar estudiantil. Estaba en un círculo de silencio y vergüenza del cual no podía salir.

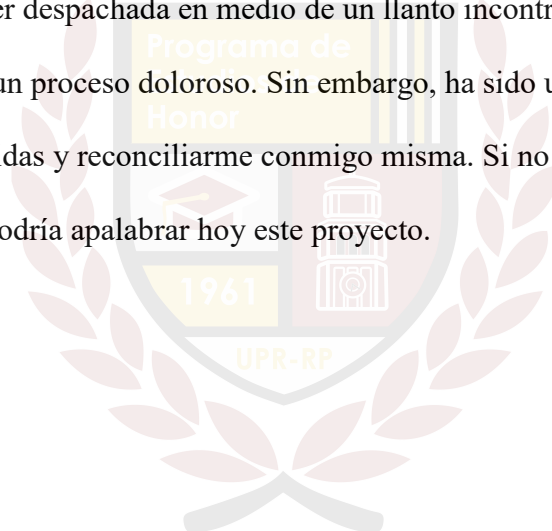
A raíz de las crisis emocionales de ese año, decidí buscar ayuda profesional. La primera vez que llamé a los servicios de CUSEP, me invadió el llanto mientras intentaba contestar por qué estaba solicitando las terapias. Llevo ya poco más de dos años atendiéndome con una psicóloga de este programa. Gracias a estas terapias he podido entender muchas de las cosas que sucedieron, al igual que notar los patrones de dependencia y precariedad que narro aquí.

La primera vez que escribía sobre esto, me cuestionaba qué tenían que ver estas experiencias particulares con mi proyecto o con la universidad. Gracias a ese proceso terapéutico pude recordarme a mí misma que el deterioro de mi salud mental en aquel momento era resultado de la transición a la universidad y el comienzo de otras responsabilidades, que era producto de la fractura que sentí conmigo misma durante ese cambio, y las precariedades materiales que me mantuvieron en una relación disfuncional, de la dependencia económica que me sumió en aquella dinámica, de la soledad que me hizo dejar de querer estar donde estaba y de las ansias de sentirme conectada, entendida, validada y acompañada. Y mucho tiene que ver con la suma de intersecciones en donde me encontraba, con ser de campo y no tener carro, con no contar con mucho apoyo externo, con vivir en un espacio precario, con ser un cuerpo feminizado en Río Piedras, con la ansiedad económica de una universidad bajo medidas de austeridad. Luego de años de terapia y de cursar estudios de género, entiendo también que tiene que ver con el síndrome del impostor que me hizo pensar que todo lo que había logrado era por suerte y no por mérito propio, y que impulsó la ansiedad de que sería desenmascarada y que descubrirían que no tenía el potencial ni la capacidad que me habían adjudicado.

Actualmente, continúo recibiendo las terapias, y vivo agradecida por el servicio gratuito, a pesar de que es precario e intermitente. Durante ese periodo de mi vida, fue la única opción sostenible para recibir ayuda psicológica. De la pandemia para acá, el servicio ha sido de manera

remota, por teléfono. Como todo, se siente interrumpido, fragmentado. Tengo que repetirme cuando la señal nos falla (mi terapeuta también es de campo). Hemos tenido que cancelar sesiones porque a ella se le va la luz. Nunca tenemos fechas precisas de visitas porque aparecen reuniones imprevistas o cancelaciones inesperadas. No es lo más ideal, pero me considero inmensamente afortunada de contar con ella.

Asistir a terapias no fue la experiencia que pensé. No era un lugar de donde salía aliviada o satisfecha. Más bien, era un espacio para mirarme de frente, compartir mis vulnerabilidades y pronunciar en voz alta aquello que me dolía. Fue un proceso muy duro visitar a una extraña para llorarle las ansiedades y ser despachada en medio de un llanto incontrolable. Mi psicóloga me lo repitió desde el inicio: es un proceso doloroso. Sin embargo, ha sido un elemento indispensable para poder sanar estas heridas y reconciliarme conmigo misma. Si no hubiese navegado esos dolores propiamente, no podría apalabrar hoy este proyecto.



Entre Naranjito y Río Piedras

La primera vez que me quedé en mi pequeño hospedaje de Río Piedras, –antes del paso del Huracán María–, coincidió con jueves de jangueo. Desde mi ventana en un segundo piso frente a la Avenida Universidad, veía el movimiento de cientos de personas que entraban de un negocio a otro, progresivamente más borrachas. Apenas graduada de escuela superior, aquella noche me sentía como toda una mujer independiente, hasta que descubrí que el cargador de mi teléfono había dejado de funcionar. Tenía la posibilidad de asomarme al colmado de Doña Ana, que continuaba abierto vendiendo, principalmente, alcohol y cigarrillos, pero me asustaba caminar sola por los apenas ocho metros que me separaban del establecimiento en la madrugada de aquel jueves tan poblado. Desde mi ventana, veía perfectamente mi destino, pero no me atrevía a salir, a pesar de que necesitaría mi teléfono cargado para cumplir con mis responsabilidades al día siguiente.

Esa fue la primera vez que me sentí prisionera de las amenazas de esa ciudad. Después del huracán María, sentía que mi sentencia se había vuelto aún más estricta. No podía salir después que oscureciera en la ciudad apagada, ni podía visitar con frecuencia los lugares públicos que ahora operaban con planta y sin aire. A raíz de ese panorama, el 30 de diciembre del 2017, escribí en mi diario: “Ahora mismo y desde donde estoy visualizo la universidad y Río Piedras como una fosa oscura llena de nieblas, como un parque embrujado cuyos espíritus me atormentan, como una cuna de sabandijas perversas que, desde su escondite en los callejones y grietas de paredes, saltan a asustar a quien por allí camine. Río Piedras ahora se me presenta como una isla de soledad”.

Esta sombría descripción fue mi realidad en aquella zona durante mi primer año universitario, en el cual luchábamos contra los estragos del abandono gubernamental después del

desastre de María. Sin embargo, luego de que el panorama en Río Piedras se estabilizó, la ciudad comenzó a ocupar una nueva representación en mi vida. En mi segundo año, con un mejor hospedaje que compartía con una amiga, me sentía más tranquila transitando aquellas calles. Ya conocía sus nombres y estaba familiarizada con los vecinos que habitaban en las esquinas sucias. Había acumulado bastante práctica en el arte de caminar sola, precavida, con el pepper spray entre las manos o con la llamada en el oído, actualizando el estatus de mi movida solitaria. A medida que transcurría esos semestres, fui haciendo las paces con mi nuevo hogar, hasta sentirme verdaderamente parte de aquella zona universitaria.

No obstante, mi hogar en Naranjito seguía solicitando mi presencia. Para aquel entonces, andaba envuelta en producciones teatrales de una compañía naranjiteña que requería mi asistencia a ensayos semanales, lo cual implicaba la obligación de regresar, cada viernes, a mi pueblo de origen. El retorno también permitía realizar otras tareas domésticas, como lavar ropa en los enseres de mi casa y hacer compra en el camino de vuelta. Para una estudiante sin carro, ese ir y venir de una ciudad a otra era una fuente de estrés; no siempre era sencillo coordinar el regreso. Me tocaba verificar la disponibilidad de mi madre, envuelta en sus reponsabilidades Corozal, y ver si alguna de mis tías la relevaba de su puesto para que ella pudiera buscarme. La mayor parte de las veces le tocaba dejar sola a mi abuela para poder recogerme. Esos trayectos irregulares, de aproximadamente una hora, conformaban la mayor parte del tiempo que tenía para compartir con ella.

En otras ocasiones, mi hermano me daba pon a la salida de su trabajo en San Juan. Sin embargo, a veces nuestros horarios no coincidían: él salía a las seis y yo tenía ensayo a esa misma hora. Otras veces, él tenía que cancelar planes sociales para cumplir con ese favor de transportación, o simplemente, me tocaba a mí idear otra alternativa porque él no podría

resolverme. En los días en los que me buscaba, nuestro encuentro era mi primer choque con el mundo fuera de Río Piedras. Intentaba entablar conversaciones, pero eran intentos fallidos ante la enorme brecha de intereses que nos separaba. Mientras yo andaba pensando en asuntos universitarios y “políticos”, –propios de lo que es vivir en un lugar tan diverso como Río Piedras–, mi hermano vivía una vida ajena a la burbuja universitaria, y no le prestaba tanta atención a las cuestiones que con tanta convicción conversábamos en mis cursos. Con él no podía hablar de noticias cotidianas que me hicieran pensar en conceptos como justicia social, feminismo, política local o neoliberalismo, pues terminábamos en discusiones que, a fin de cuentas, me hacían sentirme alejada de mi núcleo familiar. En aquellos recorridos, sentía que vivíamos en mundos diferentes.

Durante ese tiempo recibí muchos favores de amistades con carro que se ofrecían a llevarme o traerme desde mis dos hogares. Era una dinámica de la cual sentía agradecimiento, pero también dependencia. Odiaba no poder estar al mando de mi propia agenda, no poder planificar con libertad ni tener completa potestad de mis responsabilidades presenciales, porque, al fin y al cabo, mi movimiento no dependía de mí.

El tren urbano me resolvía en algunos casos. Lo utilizaba para llegar a un punto medio desde mi hospedaje hasta el pon. No obstante, también era un problema cargar con la maleta, mi ropa sucia, los libros de la universidad, los envases de agua que rellenaba en mi casa, más todos los motetes que debía llevarme para Naranjito. De igual forma, no era una alternativa que me permitiera llegar a mi hospedaje los domingos después de hacer la comprita. Logísticamente, no había forma de que pudiera cargar con tanto equipaje. Además, el tren urbano también era otra fuente de ansiedad, especialmente en las noches o días con poco tráfico de personas.

Llegar a Naranjito luego de todo ese proceso era agri dulce. A veces, me encontraba felizmente con el clima frío de la montaña, la familiaridad del hogar conocido y la tranquilidad del aislamiento del campo. En otras ocasiones, me topaba con regueros ajenos o con una casa vacía. Hallaba mi cuarto descuidado, mi cama helada y húmeda. Muchas veces, dejaba alguna libreta o libro en Río Piedras que extrañaba. Otras veces empacaba de manera exagerada y luego apenas abría el bulto. Nunca llegué a dominar plenamente la capacidad de dividirme en dos espacios.

La interminable transición de un lugar a otro me hizo sentirme alejada de mí misma. Desde Naranjito, escribí en mi diario el 16 de diciembre de 2019: “Allá [en Río Piedras] siento que nunca logro alcanzarme, tocarme. Siempre estoy en un continuo vaivén que no me representa, en el que no me encuentro”. La brecha entre los ambientes que habitaba me desgastaba emocionalmente; tenía que ser una yo diferente en cada espacio. En Río Piedras debía asumirme independiente para poder sobrevivir; en Naranjito, me tocaba hacer la paz con la dependencia y la inmovilidad. Los requisitos de cada espacio no coincidían.

En la universidad intentaba mantenerme actualizada y asumía una posición de vanguardia; perseguía la radicalidad como meta principal. En cambio, en Naranjito, debía dar un paso atrás, recontextualizarme y desprenderme del vocabulario que empleaba en la universidad. Practicar el lenguaje inclusivo en mi casa conllevaba una tarea de explicación a la defensiva, por lo cual optaba por el cese del “nosotres”. A pesar de que tengo el privilegio de cambiar la forma de hablar y ser para evitar confrontaciones y disgustos, –transformación que muchas personas no pueden contemplar–, estas transmutaciones me hicieron sentir desplazada y me privaron de un sentido de pertenencia. En Río Piedras me sentía ajena y en Naranjito me sentía derrotada, como

si ya no me quedaran posibilidades y no cupiera en aquellas silenciosas cuerdas de terreno. En ambos lugares, me abrumaba la sensación de soledad.

Justo cuando comenzaba a echar raíces más profundas en aquel tercer piso de la calle Consuelo Carbo, la pandemia me obligó a regresar al Barrio Nuevo de Naranjito, un barrio que me parecía repetido y antiguo. Sin advertencia ni previsión, empaqué una maleta y volví a acurrucarme en mi cuarto de infancia, esta vez con una pantalla encendida que revelaba mi espacio. Al principio, el cambio repentino me brindó emoción. Estábamos a mitad de un semestre intenso y regresar al campo se sintió como un pequeño descanso de la ajorada rutina riopedrense. Cuando la cuarentena comenzó, mami estaba en casa, y fue bonito poder recuperar algo del tiempo que habíamos vivido tan alejadas.

Durante ese primer semestre virtual, asumí nuevas rutinas, y con mi horario descuadrado, trabajé en mi tesina de Estudios Hispánicos en el silencio de la madrugada. Ya para el verano del 2020, no me quedaba gota de la emoción de novedad que sentí en la primera semana de marzo. La cuarentena se había transformado en una nueva prisión sin fecha de libertad. Las pantallas ahora me perseguían en el sueño, y la motivación se había escurrido en el teclado de mi computadora. Fue un verano difícil emocionalmente, en el cuál tuvimos que procesar que la idea de regresar a la vida normal en agosto era una falacia.

Encerrada en Naranjito, me di cuenta de que Río Piedras, más que ser un segundo hogar, era mi espacio público. En el ensayo “Adiós, Pedreira”, Beatriz Llenín Figueroa escribe: “Desde cualquier esquina de nuestro archipiélago que mira la metro, aun con todas sus limitaciones, es ‘allá’ donde parece pasar todo” (221). Al igual que ella, resentía esa centralización que, desde la montaña, implicaba la inaccesibilidad a los espacios académicos y culturales y la exclusión de esas experiencias provincianas en las conversaciones de la metro. Precisamente por esta

dinámica espacial, residir en ese “allá” donde todo transcurre me permitía transitar el espacio de maneras que nunca había experimentado en mi pueblo de la montaña. Esa esquina de San Juan me brindaba nuevas posibilidades: el acceso peatonal, la cercanía de centros culturales y sociales, la vecindad con las librerías, la interminable conexión con la universidad.

Hospedándome aprendí a ser ciudadana de las calles y locales, y pude mantener una vida social, incluso sin tener carro. A pesar de las insuficiencias de ese espacio público, con su falta de seguridad y su precario sistema de transporte público, Río Piedras me enseñó un nuevo sabor de libertad.

La ciudad universitaria también representó la posibilidad de un activismo político presencial. No hay mucha movilización activa fuera de la metro, y apenas hay movimientos políticos en Naranjito, (exceptuando interesantes aportaciones grafiteras, principalmente en protesta a la politiquería municipal). Aún no se piensa lo suficiente en lo vital que es el acceso a San Juan para poder participar de manifestaciones políticas. Lo vivimos durante el verano de 2019; era casi un lujo metropolitano poder asistir y permanecer en las estrechas calles del Viejo San Juan para ser partícipe de el evento histórico. Yo gocé de ese privilegio porque pude quedarme en mi hospedaje, pero veía a mis amistades que, aunque su indignación les tenía con el corazón frente a la Fortaleza, la distancia geográfica les mantenía alejados del evento presencial.

El regreso a Naranjito implicó también una partida inesperada; la culminación de una etapa de la cuál no pude despedirme. Fue otro desplazamiento, otro desgarré. Perdí contactos, accesos, experiencias, espacios y rutinas. En esta ocasión, la angustia era colectiva; estábamos todes en el mismo encierro. En los primeros meses, había un acompañamiento que provenía de la consciencia de la dificultad que enfrentábamos. A pesar de la distancia, se priorizaba la sensibilidad y la comunicación y se reconocía el impacto emocional de la situación. Sin

embargo, a un año de aquella orden ejecutiva, las responsabilidades académicas y laborales nos han hecho olvidar la excepcionalidad de este acontecimiento y nos han sumido, nuevamente, en otra normalización de la crisis.

La forma en que pienso, imagino y formulo en cada lugar son diferentes. Desde Río Piedras me abraza la sensación de independencia, que incluye además la constante dosis de miedo y amenaza. Puedo imaginar, dibujar posibilidades, desear. Desde Naranjito, sentía que perdía mi creatividad y que me asaltaba una introspección severa proveniente de la quietud, del silencio, del tiempo que transcurre de manera diferente y de los días que no albergan muchas posibilidades.

El virus me obligó, –y simultáneamente, permitió–, regresar. A pesar de las tensiones entre el campo y yo, finalmente he vuelto, y llevo ya más de un año haciendo las paces con esta nueva estadía rodeada de las pantallas, única herramienta de conexión. Lo que soy hoy, desde las alturas de Naranjito no existe plenamente en mi sucia pseudociudad. Pero, quien aquí escribe, tampoco existiría si no hubiese recolectado las experiencias y saberes de aquel otro lugar. Inicialmente, el resultado de esta migración constante era la sensación de desplazamiento, de sentirme halada por dos fuerzas opuestas, aferrada a extremos punzantes, siempre a punto de fragmentarme. Así se sintió el regreso obligado, como un desgarré de la fibra íntima que me conforma y me mueve, como la apertura inesperada de una brecha en mi suelo. Me vi colgando de un hilo que ya no reconocía. El retorno implicó la privación de las conversaciones que guiaban mi vida cotidiana y la ausencia de la euforia que provoca la incertidumbre prometedora, con su posibilidad de espontaneidad y de seguir impulsos que me lleven a lugares, aventuras y personas inesperadas.

Sin embargo, a pesar de que desde la brisa naranjiteña me inquietaba la sensación de que ya todo está trazado, considero que ha sido un bonito retorno y una oportunidad de introspección y de conexión con mi origen. La cuarentena me dio el tiempo, el espacio y el silencio para escuchar preguntas y respuestas que en la ciudad se me hacían imperceptibles; qué me mueve, qué deseo, quién soy yo dentro de este mundo, a qué causas les debo mi tiempo. Estas y otras preguntas existenciales, propias de la etapa de conclusión de mis estudios universitarios, me brindaron una idea más clara de quién soy en este momento de mi vida, y de la importancia que tiene mi origen en todo lo que vendrá después.

Con la inmovilidad de un toque de queda, aprendí a disfrutar el placer del silencio, del verde que abraza, del sendero conocido y de la familiaridad del paisaje estático. Además, me di cuenta de que, a pesar de que el lugar que se habita influye en el desarrollo de las subjetividades, en momentos es posible conciliar todas mis vertientes y seguir siendo yo. Como escribí en un poema al principio de este encierro:

“Cuarentena de retornos:
intentar volver a encontrar el centro
escuchar respirar
y regresar al inicio
volver a ser en presente,
retomar el amor pausado,
proclamarse completa.
dejar de extrañarme
porque siempre he estado aquí”.

La angustia de graduarme

“Se sabe que el valor del escritor como del artista en el capitalismo salvaje es precario. Todo depende desde dónde se escriba, el contexto que determina el valor y las posibilidades de la escritura. Hace falta mucho más que un cuarto propio para poder entregarse a la escritura literaria”.

-Vanessa Vilches Norat¹⁰

Cuando decides estudiar una carrera que suscita tantas preguntas y cuestionamientos, la idea de la graduación se convierte, más que en un evento emocionante, en una fecha angustiosa. Para quienes hemos permanecido bajo el manto económico y laboral de la academia, graduarse se convierte en la fecha final, la caducidad de ese seno familiar que sirve de transición de la juventud a la adultez. Al ser estudiante subgraduado con una carga académica completa, recibía el sobrante de la beca, además de otras ayudas económicas que me permitieron costear mis necesidades de alimento y vivienda y escapar por un tiempo de las responsabilidades económicas de la vida plenamente adulta. Hasta para términos del Estado, ser estudiante ha sido mi ocupación. Sin embargo, con la cercanía del diploma de bachillerato, llegó el azote de incertidumbre que me ha hecho preguntarme: ¿y ahora qué?

Contrario a muchos estudiantes, entré a la universidad sin vislumbrar con prisa la fecha de salida. Nunca tuve planes concretos de lo que estudiaría o del campo laboral que me acogería una vez saliera de los portones universitarios. Desde que solicité a la IUPI, asumí una filosofía de improvisación, con plena confianza en que “el tiempo diría” y yo encontraría lo que verdaderamente quería hacer.

El trayecto de ese desconocimiento a una certeza futura fue mucho más escabroso de lo que visualicé en un principio. A pesar de que me mantuve en programas de literatura desde que

¹⁰ “De la brevedad de la escritura”, 2012, pp. 26.

entré a la universidad, mis intereses brincaron de disciplina en disciplina, en un vaivén que me tenía siempre mirando otras secuencias curriculares. Por mucho tiempo, estuve muy interesada en el periodismo, programa académico al cual había solicitado originalmente cuando estaba en la escuela superior. En mi cuarto año, decidí explorar esa curiosidad, solo para darme cuenta de que las humanidades ya habían calado demasiado profundo en mí y que adentrarme en otra área de estudios, a esas alturas de mi carrera estudiantil, era un recomenzar incómodo.

El Programa de Género, más que ser un complemento a mis estudios literarios, fue la expansión necesaria que permitió mi estadía satisfactoria en un departamento tan purista como el de Estudios Hispánicos. Los cursos de literatura de las profesoras Vanessa Vilches Norat, Catherine Marsh Kennerley y Alexandra Pagán Vélez marcaron mis intereses académicos e investigativos, y me acercaron a las escritoras y temas que luego exploré en la tesina de mi departamento. Muchas veces he pensado que, de haber un programa de bachillerato de Estudios de Mujer y Género, ese sería el diploma que quisiera obtener.

Como estudiante del Programa de Estudios de Honor, no tener un prestigioso programa de internado en tu resumé puede parecer preocupante. Por ende, intenté sumergirme en el mundo de los internados de universidades estadounidenses. Sumida en orientaciones y talleres, sentía la presión externa de ingresar en alguno de estos programas, de inmiscuirme en la investigación, aunque no supiese siquiera si eso era lo que visualizaba para mi futuro. Durante las navidades del 2019, en aquellas semanas en donde nuestro suelo temblaba, yo redactaba ensayos en inglés que explicaban mis intereses investigativos y las situaciones de vida que me convertían en una minoría. Como dice un amigo, me tocaba explotar mis traumas y convertir las dificultades de mi vida en historias conmovedoras y motivacionales y para que desde allá me vieran como una fuerte candidata. Nunca estuve segura de por qué estaba solicitando. Creo que se debía a la

inseguridad de no estar haciendo lo suficiente en mi carrera estudiantil. También tenía que ver con todos los discursos de progreso que te obligan a irte. Al parecer, la posibilidad de una carrera académica me exigía el exilio y la adopción de un idioma en el que no me sé transcribir.

Luego del tedioso proceso, recibí “call backs” de dos universidades. Después de calendarizar una entrevista, cancelé mi solicitud, pues me di cuenta de que eso no era lo que quería, y que, en realidad, había solicitado para ver si tenía la capacidad de hacer tal cosa. Además, la noticia de un virus que acababa de llegar a la isla me pareció la excusa perfecta para recluirme de aquella oportunidad, que, aunque es muy provechosa para quien tiene la vocación, en mi caso era solo una manera de seguir ampliando mis ansias de demostrarme que era suficiente como estudiante y que merecía ese espacio en el Programa de Estudios de Honor.

Descubrir que mis aspiraciones académicas no se hallaban en suelo estadounidense fue otro proceso que me costó mucho trabajo emocional. Me tocó enfrentarme nuevamente con mis miedos e inseguridades; la constante pregunta de si es que de verdad no quiero ir o si es que mis inseguridades me están cohibiendo de una buena oportunidad. Hoy considero que ahí yacía la importancia de haber completado esas solicitudes: necesitaba saber que si no iba era porque no quería y no porque no pudiera. Aunque nunca me aceptaron plenamente en ningún programa, sentí satisfacción al alcanzar por lo menos una entrevista.

Ya con la graduación encima, aún no visualizo claramente mi futuro, o mi deseo de futuro. La capacidad de desear e imaginar es importante en esta etapa tan decisiva de la vida, pero esa habilidad se ha erosionado con las precariedades que han marcado mis últimos cuatro años. Las inesperadas crisis, nacionales y mundiales, del último cuatrienio han imposibilitado la planificación. ¿Cómo se establecen planes entre tanta incertidumbre? Sin planificación tampoco se manifiesta mucho el deseo. Ante la pregunta de cuál es mi aspiración, nunca he podido

escaparme de mi visión realista, y tal vez pesimista, de lo que puede ser factible para una joven estudiante de literatura en una colonia en crisis económica.

Nunca he sabido contestarle a mis familiares la pregunta de qué voy a hacer después de que me gradúe o qué oportunidades laborales tengo con un bachillerato en Estudios Hispánicos. Confieso que, ya casi graduada, aún no poseo dichas respuestas. Me queda claro que los trabajos relacionados a mi disciplina son muy escasos, y por lo menos desde mi poco conocimiento, son casi inexistentes si se busca fuera del ámbito académico. Por tanto, supongo que mi filosofía de improvisación permanecerá conmigo, tal vez toda la vida. Y es que no me puedo quejar enteramente: mi ausencia de planes concretos también me ha dado espacio para la exploración, aunque sea solo para descubrir qué es lo que no quiero.

La improvisación también permite la flexibilidad de indagar en otras curiosidades e intereses. A partir de esta apertura multidisciplinaria, estoy considerando solicitar para la maestría en Gestión y Administración Cultural. Me entusiasma pensar que tendré la oportunidad de continuar en mi recinto, y que tal vez, de alguna manera poco común, podré recuperar de alguna forma el tiempo de vida universitaria que nos arrebató la pandemia.

Parte de mi proceso terapéutico y de mi crecimiento ha sido descubrir qué es lo que deseo. Desear muchas veces es un lujo que no todos tienen, pues no siempre se cuenta con los medios para imaginar otros futuros posibles de manera colectiva e individual. Mi lista de aspiraciones siempre ha estado atada a mis nociones de posibilidad y de viabilidad. Sin embargo, esta mentalidad representa un problema cuando a tu alrededor han primado los discursos de incapacidad y de negación que te recuerdan que “te vas a morir de hambre”, que no hay oportunidades de crecimiento en tu disciplina o que vas a desperdiciar tu potencial si sigues tus verdaderas pasiones.

Admito que en demasiadas ocasiones me han desmotivado las historias que leo de jóvenes profesionales y preparadas que no encuentran salida laboral en este país, a pesar de sus méritos y estudios. Esto se suma a la progresiva decadencia de aquellas instituciones y proyectos que me emocionan, y que disminuyen más mi capacidad de desear. ¿De qué vale decir que aspiro a trabajar en el Instituto de Cultura cuando veo cómo le siguen recortando el presupuesto y cómo excelentes profesionales han perdido la oportunidad o los medios para contribuir a esa agencia? ¿Cómo expreso que quiero dedicarme al mundo editorial cuando constantemente me entero del cierre de librerías, casas editoras, y de la precariedad de quienes, desde la autogestión sacrificada, mantienen proyectos literarios sin apenas remuneración económica? Incluso desde la academia, que, dentro de todas sus amenazas, se mantiene como una de las opciones laborales más viables para disciplinas como la mía, continúo leyendo acerca de la precariedad económica de profesores sin contratos, e incluso, despedidas de magníficas docentes a quienes la universidad ya no les provee un espacio.

Mi desesperanza, mi pesimismo y mi angustia no surgen de la nada, sino que son producto de estas realidades que observo y confronto día a día. En *Aterrizar no es regreso*, leo las crónicas de Xavier Valcárcel, talentosísimo artista y escritor egresado del programa de maestría al que estoy solicitando, para enterarme de la precariedad económica que lo ha marcado, a pesar de su preparación profesional y sus habilidades artísticas. Luego veo la despedida de Beatriz Llenín Figueroa del RUM, escritora crucial en mi trayectoria universitaria y política, cuyos textos estudié para mi tesina de Estudios Hispánicos y cuyo proyecto editorial me ha servido de inspiración y aspiración de futuro. Aunque no me constan las razones de su salida del recinto luego de años de enseñanza y gestión cultural, recuerdo sus narraciones de la precariedad de ser profesora sin contrato en una universidad bajo medidas de austeridad, y me

pregunto si su despedida será producto del empequeñecimiento de esta universidad en donde apenas cabemos.

Escucho las experiencias de Jessabet Vivas Capó, asesora programática y directora del Programa de Artes Populares e Industrias Creativas del ICP, quien narra el sustancial corte de presupuesto que ha enfrentado su agencia. Simpatizo con Raquel Vázquez Varela, co-fundadora y directora ejecutiva de Teatro Público, quien denuncia la explotación de los artistas y gestores culturales en un país en el que la cultura no se entiende como un servicio esencial. Escucho a estas personas, les admiro, empatizo y me pregunto, ¿este es el futuro que me espera después de lanzar el birrete?

Supongo que su mero trabajo, con todo y dificultades, es una fuente de inspiración. Son muchos los proyectos políticos y culturales que persisten a pesar de tanta crisis, pues, al fin y al cabo, existe la capacidad humana para producir y mantener cultura en este país, que básicamente, es la esencia de mis aspiraciones como futura profesional. Creo fielmente en el potencial que tiene mi comunidad universitaria y mi corilla política, y sé que mientras ellos existan, los proyectos y las gestiones continuarán, con o sin pandemia. El desasosiego proviene más bien de la incertidumbre económica de este estilo de vida, en donde, como bien describe Vanessa Vilches, “se escribe a pesar de, como se hace casi todo ejercicio intelectual, académico, artístico” (“De la brevedad de la escritura”, 26).

En muchas ocasiones he discutido con mi madre acerca de mi trayectoria estudiantil y lo que me ofrecen mis méritos de cara al futuro. Ella siempre ha insistido en que mantenga un buen promedio, y en que me meta a todo lo que pueda. Internados, asociaciones, grupos artísticos; cualquier actividad universitaria para ella resulta una fuente de orgullo y prestigio que “me abrirá otras puertas en el futuro”. Yo quisiera creerle, pero no siempre puedo. En semestres como estos,

en donde ni siquiera el promedio es elemento de tanta preocupación ya que, afortunadamente, existe la posibilidad del *pass or fail*, le he cuestionado: ¿para qué me sirve este promedio que con tanto trabajo mantuve? ¿Para qué me sirve decir que soy parte del Programa de Estudios de Honor y que tengo un proyecto creativo, si al fin y al cabo mis aspiraciones no radican en notorios programas extranjeros de estudios graduados? Si de todas formas al final de mi bachillerato me espera el desempleo, el endeudamiento o el exilio, ¿valieron la pena todos estos esfuerzos?

Luego intento identificar posibles oportunidades laborales y me ataca la sensación de que mi promedio no será suficiente. Entonces comienzo a pensar que pude haber hecho más, que debí haber fundado proyectos, explorado más mi lado creativo, o que debí hacer más conexiones, internados, colaboraciones y publicaciones. Mi perfil académico se encuentra en el intersticio de dos negaciones: hice demasiado para las oportunidades de trabajo que podré obtener, o no lo hice lo suficiente para la carrera laboral que quisiera tener.

Ante este panorama no queda más que enfocarse en lo pequeño; en los proyectos que han surgido a pesar de todo, en los compañeros que continúan cosechando logros y en la escritura y el arte que se ha producido en estos meses. No sé qué me deparará el futuro en el ámbito académico y laboral, mas continúo con mi filosofía de improvisación, pues a cuatro años del comienzo de este trayecto, tengo mucho que agradecer. Entre tanta incertidumbre, procuro reconocer estas ansiedades y continuar, un día a la vez.

Fragmentos para concluir...

situarme.

Estoy en mi casa y mami está de visita. Estuve gran parte de la mañana escuchando sus desahogos. Entre risas y chistes resalta que se siente deprimida y estancada con la responsabilidad que le ha tocado. Me cuenta también que cree que abuela tiene Alzheimer, porque ha comenzado a imaginar escenarios y recordar cosas pasadas. Mi papá también tuvo Alzheimer, y mi abuelo también. Ella los cuidó a ambos hasta que murieron. Imagino que esta será la tercera vez que pasará por lo mismo. Nuestra tercera vez.

Cada vez que ella visita nuestro hogar me invade una mezcla de emociones. Recupero una noción de quien soy cuando ella está cerca. Me ayuda a ponerlo todo en perspectiva, incluyendo este proyecto. También me doy cuenta de que su ausencia me continúa afectando mucho más de lo que acepto. No sé si quiero que ella lea estas páginas.

Mami me pregunta cómo me va con la universidad y cómo me siento al saber que ya me gradué. “Es una mezcla de emoción, alegría, coraje, frustración y miedo. No sé qué voy a hacer cuando ya no sea estudiante universitaria”, le contesto. Ella reafirma la grandeza de este título y me comenta de primos que no han podido empezar sus estudios universitarios por la pandemia. Dentro de su lógica, alcanzar lo que otros no han podido es un logro en sí mismo. Yo no estoy segura si lo veo así, pero me conmueve su emoción y orgullo por mí. A ratos es lo único que necesito.

Es difícil pensar en la universidad cuando se vive tan lejos de ella. Mi vida diaria en estos tiempos ha consistido en conectarme a reuniones sincrónicas, completar tareas, cumplir con tareas domésticas y salir a trabajar. En este escenario no hay actividades universitarias ni

estímulos externos que me hagan reflexionar demasiado en la vida estudiantil, que ya se me ha acabado.

reconocer

Mucho se habla de que la experiencia universitaria sucede más afuera de los salones que adentro. Y así es. Los encuentros en los pasillos, las expresiones y discusiones en las paredes y puertas de los baños, las manifestaciones espontáneas y organizadas, los encuentros, los plenos, las actividades nocturnas, las producciones teatrales, los micrófonos abiertos, las asambleas; todo esto conforma la universidad, la verdadera experiencia estudiantil. Y la pandemia nos las arrebató, y nos dejó con la sola voz entrecortada de un docente lejano y con la mínima interacción con compañeros de clase por mensajes sin leer de grupos de whatsapp.

imaginar

Solicité para la maestría en Gestión Cultural en la IUPI. Aún no he recibido respuesta. No sé si regresaré al recinto en calidad de estudiante.

denunciar

La última vez que sentí a la universidad en minúscula como ese fenómeno que describe Beatriz Llenín Figueroa en “La bienvenida despedida”, esa universidad “que no está, ni ha estado nunca, en las manos del capital ni del partido”, fue en la asamblea general de estudiantes celebrada a finales de marzo. La última asamblea que tuvimos, en el 2019, no llegó a quorum. Esta vez, a través de la plataforma de Zoom, se logró por momentos, aunque me cuentan que nuevamente la gente se fue a la primera mención de la palabra huelga. De todas formas, se sentía el coraje y la frustración del estudiantado ante los anuncios de los recortes, los aumentos de matrícula y el resto de las medidas de austeridad que serán impuestas en la institución, cumpliendo con el plan original de la Junta de Control Fiscal y sin tomar en consideración las

circunstancias atípicas en las que se encuentra el país. Las declinantes gráficas de población estudiantil parecen una sentencia de muerte a la educación pública como alternativa accesible para les jóvenes de Puerto Rico. La universidad se sigue haciendo cada vez más y más pequeña.

Estuve conectada desde mi celular por una hora mientras guiaba para mi trabajo part-time en una tienda de ropa en Dorado. De camino escuchaba la moción de que publicaran las listas de acosadorxs sexuales del recinto, petición que se ha presentado desde que ingresé a la universidad. A pesar de que en el RUM lograron publicarlas, la IUPI sigue poniendo excusas y protegiendo a agresores.

Parece inaudito que a pesar de la evidente baja en la calidad educativa, —que tiene más que ver con las circunstancias que con la labor docente— nos sigan cobrando lo mismo. Aún peor, se aproxima un aumento de matrícula para el próximo semestre, cuya modalidad aún no se ha confirmado. A todas estas, yo recuerdo constantemente las advertencias y alarmas de les estudiantes huelguistas en el 2017. Lo que decían en aquel momento sigue siendo pertinente hoy, cuatro años y múltiples crisis después. Aún hay quienes se sorprenden de la materialización de lo que desde entonces se venía diciendo; que cerrarían viviendas, que aumentarían el costo del crédito, que achicarían la universidad y que la descuartizarían para venderla, parte por parte.

Hubo muchos silencios entonces y todavía. Es un silencio para mí que sea una norma no llegar a quorum durante las asambleas, o que se acepten los aumentos y recortes sin mucha discusión ni resistencia por parte del estudiantado. Pero entiendo también que estamos agotades. ¿Con qué energías nos quejamos, con qué energías organizamos un frente de lucha en defensa de una universidad que solo existe a través de una pantalla? ¿Qué sentido de pertenencia les queda a las nuevas generaciones estudiantiles que nunca han entrado a un salón de clases en el recinto?

recordar

A través de mis audífonos volví a escuchar las voces estudiantiles, el coraje, el ímpetu de lucha, y entre mi emoción, me sentí vieja. Mis años universitarios finalizaron y nunca expuse mi voz en un micrófono de asamblea, ni en un pleno. Cuando se materializan los planes que advertíamos desde hace años, reina un sentido de impotencia y derrota. No pudimos detener lo que venía. Tal vez no se hizo lo suficiente, pienso. Tal vez no hice lo suficiente, me singularizo. Sin embargo, gracias a esta escritura puedo reconocer que estuve presente desde otros rincones, con otras personas y funciones; dialogando con amistades, discutiendo con mi familia, conceptualizando proyectos, poniendo mi cuerpo en los espacios, sonando el pandero que no sé tocar muy bien y admirando y defendiendo a esa cepa problemática de mi universidad con minúscula.

Extrañaba esa sensación de conexión, de esperanza y de energía. Luego llegué al turno y entre clientes y hand sanitizer no pude seguir escuchando la asamblea. Terminó el día y el recuerdo de esa vida estudiantil volvió a tornarse borroso en mi memoria y en mi vida diaria. Creo que lucho con ese olvido mientras proceso los cambios que siguen ocurriendo sin que me percate.

agradecer

A pesar de todo, me siento sumamente afortunada de haber vivido en esos salones, y de haber crecido rodeada de profesores y compañeros estudiantes. Me siento orgullosa de las agrupaciones a las que pertenecí, y de poder coincidir con educadores que han sido esenciales en la configuración de mi subjetividad académica y de este proyecto creativo.

Agradezco todo el crecimiento que la universidad me ha brindado. Quiero pensar que estas confidencias son un regalo para esa comunidad que tanto extraño. Quiero pensar que hay

esperanzas y posibilidades dentro de todos estos párrafos, y que quien lea, encontrará algún acompañamiento en estas reflexiones. Quiero pensar que volveremos y nos reconoceremos en la rabia, el alivio, la nostalgia y la fuerza, aunque solo sea a través de la palabra.

repetirme

No estoy sola.

Nos tenemos.



Obras citadas

Ahmed, Sara. *Living a feminist life*. Duke University Press, 2017.

Arroyo-Pizarro, Yolanda. *Las Negras*. Boreales, 2012.

Arroyo-Pizarro, Yolanda. “Y tu abuela dónde está?”. TEDxUPR, 2016.

<https://www.youtube.com/watch?v=EB0hQEvXgDM>

Anzaldúa, Gloria. “Speaking in Tongues: A letter to 3rd world women writers”. *This Bridge Called My Back: Writings by Radical Women of Color*. Persephone Press, 1981.

Godreau-Aubert, Ariadna, M. *Las propias: apuntes para una pedagogía de las endeudadas*. Editora Educación Emergente, 2018.

Llenín-Figueroa, Beatriz. *Puerto Islas: crónicas, crisis, amor*. Editora Educación Emergente, 2018.

---. “Será otra cosa: La bienvenida despedida”. Claridad, 1 de diciembre de 2020.

<https://www.claridadpuertorico.com/sera-otra-cosa-la-bienvenida-despedida/>

Lorde, Audre. “The Transformation of Silence into Language and Action”. *Sinister Wisdom*, número 6, 1978, pp. 40-44.

https://classics.fas.harvard.edu/files/classics/files/bowdoin_latin_silenceintoaction.pdf

Lydia Vega, Ana. “La felicidad (ja ja ja ja) y la Universidad”. *Esperando a Loló y otros delirios generacionales*. Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1994.

Nash, Robert. *Liberating Scholarly Writing: The Power of Personal Narrative*. Information Age Publishing, Incorporated, 2019.

Nash, Robert y Sydnee Viray. *Our stories matter: Liberating the voices of marginalized students through scholarly personal narrative writing*. Peter Lang Publishing Inc, 2013.

Santory-Jorge, Anayra O. *Nada es igual: bocetos del país que nos acontece*. Editora

Educación Emergente, 2018.i

Santos-Febres, Mayra. *Cualquier miércoles Soy Tuya*. vol. 190, Mondadori, 2002.

---. "Más mujer que nadie: los retos de las mujeres en el nuevo milenio."

Centro Journal, vol. XV, no. 2, 2003, pp.106-115. Redalyc,

<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=37715208>

---. *Pez De Vidrio: Y Otros Cuentos*. Ed. Huracán, 1996.

---. *Sirena Selenia Vestida De Pena*. Santillana, 2009.

---. *Sobre piel y papel*. Ediciones Callejón, 2005.

Vilches-Norat, Vanessa. "De La Brevedad De La Escritura." *Tinkuy: Boletín De Investigación y Debate*, no. 18, 2012, pp. 26-28.

---. "Matergrafía: Madre escritora/escritora de madres". Jornada Sobre las maternidades, 16 de marzo, 2017. Facultad de Estudios Generales, Universidad de Puerto Rico, San Juan, Puerto Rico.

Varcárcel, Xavier. *Aterrizar no es regreso*. Alayubia, 2019.

Watson, Hilary. *Writing about Writing: One Student's Challenges Producing a Scholarly Personal Narrative Thesis and Applying the Outcomes as a Student Affairs Professional*, ProQuest Dissertations Publishing, 2016.

https://issuu.com/revistacruce/docs/5_de_abril

Bibliografía

Agamben, Giorgio, et al. *Sopa de Wuhan: Pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemias*, ASPO, 2020.

Anzaldúa, Gloria. "How to tame a wild tongue". *Borderlands/ La Frontera*. Aunt Lee Books, 1999.

Klein, Naomi. *La batalla por el paraíso: Puerto Rico y el capitalismo del desastre*. Haymarket Books, 2017.

Elena Aguilar, Yásnaya, et al. *Capitalismo y Pandemia*, FilosofíaLibre, 2020.

Llenín Figueroa, Beatriz. "A punto de caer". *Claridad*, 5 de marzo de 2019.

<https://www.claridadpuertorico.com/a-punto-de-caer/>

---. "Acotaciones para el fin del mundo(¿o será el comienzo?). *Claridad*, 19 de octubre de 2019,

<https://www.claridadpuertorico.com/acotaciones-para-el-fin-del-mundo-o-sera-el-comienzo/>

---. "Cambiarlo todo es lento". *Revista Cruce*, febrero 2020, pp.

30-32. https://issuu.com/revistacruce/docs/tras_el_desastre-1_de_febrero_2020/30

---. "Con el calendario como excusa". *Ahora la turba*, 21 de diciembre de 2019.

<https://ahoralaturba.net/2019/12/21/con-el-calendario-como-excusa/>

---. "Diario pandemonium". *Claridad*, 11 de agosto de 2020.

https://www.claridadpuertorico.com/sera-otra-cosaa-diario-pandemonium/?fbclid=IwAR1pCZ3azIs9z-BkeImEsuMfydPPl4VeEt2KoZzn9yyIiG0XazY2gO_cPuY

---. “Situación la crisis y ceremoniar su apego: ensayo en cuatro actos”. *Revista Cruce*, abril 2018, pp. 55- 69.

https://issuu.com/revistacruce/docs/5_de_abril

Marsh-Kennerley, Catherine. “Devenires feministas: la enseñanza de las escritoras puertorriqueñas contemporáneas y la narrativa personal académica”. *Sagasso*.vol. 1-2, 2018-19, pp. 27-46.

---. "Explorando Identidades: Reflexiones Acerca De La Narrativa Personal Académica En El Curso Literatura y Nacionalismo Cultural Puertorriqueño." *Revista De Educación De Puerto Rico (REduca)*, 2017.

Nash, Robert y Sydnee Viray. *Our stories matter: Liberating the voices of marginalized students through scholarly personal narrative writing*. Peter Lang Publishing Inc, 2013.

Santory Jorge, Anayra y Luis Avilés. *Convidar*. Editora Educación Emergente, 2020.

Vilches-Norat, Vanessa. “El archipiélago es un espejo de mar. A propósito de *Puerto Islas: crónicas , crisis, amor* de Beatriz Llenín Figueroa”. *Revista Cruce*, Verano #3, julio 2018, pp. 30-34. https://issuu.com/revistacruce/docs/12_de_julio